

PRIMERA PARTE
Jamaica 1762, estómago

EL AIRE ESTABA al otro lado. Dentro, aspiraba las voladas de los pájaros y los murmullos del agua. Dentro no existía sino una calma turbada por los rumores del estómago, ruidos constantes y armoniosos, melodías abrasadoras que recordaban, siempre, que en las mazmorras la vida discurría muy a pesar de quienes las moraban.

Icuza llevaba nueve meses encerrado en los subterráneos de la edificación. No podría describirla, pues jamás la había observado desde fuera. La noche anterior al desembarco, le fueron cubiertos los ojos y el vendaje no cayó hasta encontrarse en el interior de la mazmorra. Eso era todo. Nueve meses allí, enterrado en un hueco ganado a la roca y una abertura al exterior en la que, con dificultad, podía introducir una mano. Eso era todo. Un mendrugo de pan cada semana, un cuenco de agua cada tres días. Y cientos de horas para, acostado en la penumbra, escuchar los rumores del estómago.

Nueve meses, una vida nueva. De esto se trataba y en ello pensaba. Nueve meses gestándose en el estómago lo que habría de venir. Ahora podía escucharlo con nitidez: se dirigía a él y le hablaba de forma que pudiera comprender. Sintió que en aquel lugar alejado de todo, solitario y pútrido, los sonidos que le arrullaban, ayudaban, al tiempo, a saberse vivo. Eran, más, un motivo para continuar luchando, para no abrazar la derrota, para que la falta de alimento no deviniera en un desmoronamiento de consecuencias finales: la muerte habitaba en la ausencia de ruidos. Necesitaba de su estómago para continuar en la vida y aguardar la llegada de un barco que le llevase de regreso a casa.

Rentería. A un océano de distancia del hueco. Rentería, marisma, cangrejos y arena, sol y bruma, bestias en las lomas y olor a invierno. Icuza añoraba mientras observaba el haz de luz que penetraba a través de la abertura en el muro. Cinco años desde su primera partida. Casi tres de la segunda. Después, el apresamiento por parte de los ingleses y el encierro en este lugar que decían ser Jamaica.

La celda estaba rodeada de otras celdas. Podía escuchar los sollozos de los hombres enterrados en ellas. Por las noches, cuando los pájaros callaban en el acantilado y hasta las olas parecían dormitar al abrigo de la bajamar, las lágrimas y los lamentos se colaban por los resquicios de la mazmorra. Hombres que en la mar habían sido aguerridos, ardorosos e implacables, regresaban a una niñez olvidada y rompían a llorar. Las paredes húmedas y los portones de pesados goznes no impedían que los sentimientos fueran escuchados. Hombres recios de la mar, enemigos de Inglaterra, gemían, abandonados, y sus llantos invocaban lo que ya estaba perdido: la protección del hogar muy lejos de allí.

Icuza también lloró, lloró hasta casi perder la razón. Deseaba contemplar un rostro, un solo rostro que le recor-

dase que pertenecía al mundo de los hombres. A cambio, únicamente escuchaba pasos en la galería. Los guardianes apenas bajaban a los sótanos de la edificación. Parecía que los hubieran olvidado, que no existieran. A veces, pasaban varios días sin percibir su presencia. El desasosiego que causaba en Icuza la ausencia de aquellos cuyo único afán parecía ser el de la prolongación infinita del martirio, era mayor al odio que engendraba. Prefería saberlos ahí, al otro lado del portón, terribles y desalmados, pero, al mismo tiempo, vivos, presentes, concurrentes a un destino común.

El llanto terminó cuando supo que nada merecía la pena. Entonces, se tumbó en el suelo de piedra y detuvo cualquier ánimo de conservar el juicio. Paralizó sus pensamientos y permitió que todo fluyese como quisiera. Eso, precisamente eso, le salvó de la locura. Icuza se encontró con los sonidos provenientes de su interior y los escuchó.

El estómago se movía. Habían transcurrido nueve meses desde el encierro en la mazmorra, desde aquel lejano día en el que algo fecundo inició una nueva vida en el interior de sus entrañas. Con los ojos vendados, fue descendido del navío que hasta allí les había llevado. Días atrás, habían sido abordados cuando tomaban rumbo a Europa. Cádiz, a menos de dos meses de navegación, aguardaba para que fueran desembarcados los fardos con los que la Compañía mercadeaba: cacao cultivado en las colonias venezolanas y que, por varias veces su valor, vendían a los comerciantes españoles.

Pero todo se truncó cuando la guerra se interpuso. Los ingleses se acercaron por babor, dispararon dos veces sus cañones a modo de aviso y se dispusieron a abordar la nave. Murieron varios de ellos y sólo los oficiales fueron respetados. Al resto de supervivientes, se les situó en varios botes y fueron abandonados a su sino con un poco de

agua y varios sacos de pólvora. Probablemente, incapaces de alcanzar la costa a golpe de remo, perecerían semanas después.

Los oficiales corrieron diferente suerte. Encerrados en una bodega del barco, fueron conducidos hasta la tierra que, al preguntarlo, se nominó como Jamaica. Los ingleses habían hecho de ella, desde hace muchos años, su base de operaciones en el Caribe. Tenía, pues, sentido lo dicho. Con la mirada cubierta, descendieron a un bote y arribaron a tierra. Después, los hombres fueron separados y ya ninguno volvió a saber de los demás. Icuza pensaba que se hallarían, como él, encerrados en alguna celda en los sótanos de aquel edificio. A lo largo de los primeros días, trató de entablar contacto con ellos, pero ninguna voz de las que le respondían se le hacía familiar. Españoles casi todos, guipuzcoanos y miembros de la Compañía un puñado, nadie conocido.

En aquellos días debió tener lugar la fecundación. Algo que moraba el lugar antes que él, recuerdo de los que antes habían penado, se introdujo en sus entrañas y permaneció quieto mientras se alimentaba, crecía, adquiría fuerza y presencia. Nueve meses. Nueve meses tardó Icuza en reconocer la vida que existía en los sonidos emergentes de su estómago. Nueve meses que se iniciaron con una gestación nocturna.

El ayuno se convirtió, pronto, en norma dentro de la celda. Hasta cuatro días después del inicio del encierro, nadie bajó a ocuparse de ellos. Los trajeron, maniatados y ciegos, los empujaron en los huecos ganados a la roca y cerraron los portones. Después, se marcharon y permitieron que del asombro se pasase a la duda y de la duda al desaliento. A un paso del desaliento, la desesperación. Los llantos se escuchaban en el sótano durante toda la noche y gran parte del día. Icuza, para combatirlos situaba su rostro

frente al vano en la pared exterior y trataba de gozar de los estrechos rayos que se colaban por él. Debía ir modificando, a cada pocos minutos, la posición: ni un solo destello de luz iba a ser despreciado. Así, supo mantenerse ocupado y lejos de la desesperanza. Y, a pesar de todo, lloró.

Las lágrimas cruzaban su rostro antes de que el menguado calor del sol las evaporase. Una a una, resbalaban por las mejillas y se deslizaban hacia los labios. Sentía Icuza el sabor salado de los lamentos. Un sabor que le recordaba que no era un hombre, que había sido arrancado de su barco, que ya no navegaba al corso, que ya no era nada de aquello por lo que había luchado tanto. Cinco años en la mar abierta apresando enemigos para la Compañía, enviando a pique navíos holandeses, ingleses y franceses, cinco años sin apenas tomar tierra, sin asueto ni, siquiera, respiro.

La cárcel subía por los pies. Desde el suelo, irregular, húmedo y pestilente a causa de las heces depositadas en él, de la orina y del sudor, ascendía el apesamiento. Porque de eso se trataba: de permanecer quieto y en silencio mientras la putrefacción se hacía dueña de su cuerpo, fermentando, borboteando, hirviendo en los vahos de la desgracia y el infortunio. La celda era, sobre todo, celda hasta los tobillos. Lo demás, en comparación, podía ser sobrellevado. Pero ahí abajo, a ras de suelo, todo amanecía diferente: los insectos y las ratas se encaramaban por las piernas dando paso al pánico.

Icuza consiguió controlarlo en menos de un mes. El pavor que los roces en la oscuridad provocaban, se hizo niño e Icuza lo acarició con ternura. Pasó la mano por su pelo enmarañado, mimó sus brazos débiles y besó un cuello suave y cristalino. Así, aprendió a recostarse junto a él, a escucharlo, a cantarle viejas melodías aprendidas en la lejana patria. Amor, entendió. Debía prestarle todo su amor

y ayudarle para que él le ayudara. En el suelo, en la fría e irregular roca, en medio de sus propios orines corruptos, apoyó delicadamente la cabeza y se calló. El niño cuidaría, en adelante, de la conservación de su juicio. Así debía ser: dos en la celda, una esencia en la mazmorra.

De cómo germinó la vida en su interior, nada discernió pero mucho imaginó. Algo bullía en aquel lugar último. Ya no podía ir más lejos, no existía un episodio posterior, nada le separaba del auténtico caos. Quizás bastaba con perder la conciencia de estar vivo. Sí, dejar de respirar, permitir que el corazón cesara de latir y observar, cara a cara y con la mirada fija, el rostro verdadero del demonio. En esa misma estancia, tan lejos de casa, el caos estaría al alcance de la mano. La alargaría y tocaría las esferas, abrasaría la punta de sus dedos en las llamas de los penitentes. Pero nada ocurriría de momento. No, porque Icuza estaba vivo, respiraba y el corazón le latía. De eso estaba seguro, y suponía su salvación. Bastaba con negar la evidencia para saberse limpio de mal.

Se acurrucó en el suelo y abrió la boca para que todo aquello que quisiera, entrara dentro. Sintió la aspereza de la orina caliente, la grumosidad de una pasta informe y acre que se resistía a penetrarle, el cosquilleo de infinidad de patitas recorriéndole por dentro. Los insectos caían en la trampa cuando apretaba, de improviso, los labios. Raudó, los devoraba sin miramientos. Crujían. Los insectos crujían en su boca y se desparramaban más allá de la lengua. Sorbía sus jugos e, incluso, aprendió a estimarlos.

Tendido sobre la inmundicia, volvió a acariciar al niño. Estaba ahí, a menos de un palmo de su cuerpo, pero él no se manchaba. La piel siempre permanecía tersa y las costras no se amarraban en su superficie. Estaba construido de ingravidez y perfección. El temor a los contactos inesperados se fue con él. Lo tomó de la mano y lo condujo

a través de los muros. La solidez de la piedra no suponía un estorbo. Se marchaban, eso era todo, e Icuza los contemplaba desde el suelo de la celda. Dijo adiós con una mano, en un gesto tan leve que casi pasó desapercibido.

Arriba, tañían unas campanas. Lo hacían cada jornada, a una hora indeterminada que acabó por identificar con el mediodía. El sonido penetraba por el ventanuco, inclemente y, al tiempo, cálido. El lento pulsar de los badajos le adormecía. Al principio, trató de interpretar un significado. Después, desistió. Las campanas sonaban, simplemente. A buen seguro los ingleses las utilizaban para algo, quizás una llamada antes de que el calor rompiera definitivamente, pero a Icuza poco le importaba. Las razones pertenecían a un mundo que no era el suyo. Él se limitaba a escucharlas y a aprender la melodía. Un trozo de anomalía en medio de la anodina monotonía. Pronto, simultaneó el sonido de las campanas con el momento de tumbarse en el suelo. El resto del día lo ocuparía allí. Para él, las campanas invitaban a recogerse, a situar su existencia dentro de unos parámetros rutinarios y habitables: moraba los sonidos como se puebla una tierra recién descubierta. Contra los indígenas lucharía más tarde.

Se abalanzaba sobre el cuenco de agua cuando este era introducido en el calabozo. No pocas veces, su ímpetu acabó derramándolo. Lamía, entonces, la piedra hasta absorber la última gota de líquido. Cuando se reponía de la ansiedad, se juraba que esta iba a ser la última vez. Debía adquirir dominio sobre sus impulsos. Adquirir la riqueza de una conducta ordenada. Por eso puso tanto énfasis en obedecer a las campanas. En adelante, su tañido supondría una orden inquebrantable: había de tenderse en el suelo y abrir la boca para que todo entrara dentro.

Las ratas aprendieron y supieron evitar su voracidad. No parecían dispuestas a dejarse engullir por un intruso.

No, él no era de allí, estaba de paso, acabaría marchándose algún día e Icuza lo sabía. Vivo o muerto, mirando cara a cara al demonio o caminando por la senda que conducía a la dársena. Icuza no pertenecía a ese mundo, nunca había pertenecido y jamás se doblaría. Las ratas lo intuyeron rápido y se pusieron lejos de su alcance. Mas no los insectos. Animales estúpidos y primitivos, caían en la trampa tantas veces como esta les fuera mostrada. Abierta la boca de Icuza, disponían de un instante antes de cruzar.

El templo nacido del acurrucamiento en el piso de la celda fue fructífero. Sólo bastaba con inventar las oraciones precisas y memorizar los ritmos adecuados. Icuza aprendió a hacerlo. Y lo hizo desde las percepciones que aún llegaban nítidas: los olores y, sobre todo, los sabores. Merecía la pena estarse quieto y olvidar los sollozos de los que, con él, compartían mazmorra. No podía dedicarles más esfuerzo. En aquel lugar, cada uno debía preocuparse de sí mismo. No habrían sobrevivido tratando de ser fuertes a través de las voces y la incoherencia en los deseos. Por eso Icuza resolvió viajar hacia dentro. No existían más destinos: el interior o la locura. El resto parecieron optar por lo segundo. Gritos inconexos, frases deslavazadas en medio de la noche, dolor y pérdida de todo lo imprescindible.

Cuando sintió que había sido germinado, la concepción no era sino lo sufrido. Crecía dentro eso que le salvaría. En el estómago, los sonidos articulaban conversaciones que debía interpretar. Aunque antes, se hacía preciso comprender qué había sucedido.

No amparaba duda alguna que el caldo fermentado en el suelo tenía mucho que ver con ello. La sopa, de la cual aprendió a beber con gusto, sabía a él mismo. Cada supuración excretada pasaba a formar parte de ella. Y no sólo eso: el terror de los primeros meses también se había condensado ahí. Nada se abría en la celda salvo el estrecho

hueco por el que el agua y el mendrugo de pan eran introducidos. El portón podría descomponer sus goznes y convertirlos en parte de la pared. Ya constituían un todo sin resquicios. Quedaba el vano por el que entraban los rayos de sol. Pero su insignificancia consiguió que Icuza lo descartara. Se sabía en una cámara herméticamente cerrada de la que, ni siquiera, sus pensamientos lograban escapar.

En el caldo se agitaba el pasado. Él sentía que, en consecuencia, su absorción nada tenía de repulsivo. Recuperaba aquello de lo que había sido privado. Con la lengua estirada, penetró cada sabor. Los ingleses no se lo habían arrebatado todo. Su capacidad para percibir gustos se mantenía intacta.

Los recuerdos de la distante Rentería, un amarradero junto a la marisma, los moluscos arrebatados a la mar, el viento soplando hacia la frontera, las muchachas destripando peces en la arena, todo, hervía en el caldo que Icuza ingería. Rentería tenía dejo a resguardo. Por eso, cuando Icuza reflexionó sobre la fecundación, creyó que su casa estaba en el centro de lo que le sucedía. El pasado resurgía para materializarse en un presente acuoso y tibio. Como los jugos de los insectos.

Las campanadas carecían de una armonía precisa. Tañían, y a los ingleses parecía bastarle. Un barco las habría traído, en sus bodegas, desde Europa. Calladas y quietas, como él ahora, en una posición nada ajustada a su naturaleza: como él ahora. Pero las campanas acabaron por hallar su cometido y eso significaba que Icuza también lo encontraría. El acurrucamiento suponía un estado previo al advenimiento del destino correcto y las campanas girando sobre un eje representaban la prueba que necesitaba. Para Icuza también existía algo diferente a lo que le estaba sucediendo. Sí, se trataba de un estado transitorio.

En el suelo, la paz llegaba e Icuza se encogía como un

bebé recién parido. En el líquido estaba y había estado siempre la vida. Se alimentaba de él y él le proveía carácter. Estaba creciendo a la misma velocidad que el germen en su estómago. Para propiciarlo, se olvidó del sol y olvidó situar el rostro frente a los rayos que entraban por el ventanuco. Que golpearan directamente sobre la sopa, pensó Icuza. Que favorecieran la fermentación, que el calor se constituyera en fuente de vida. Se dirigía con voluntad firme hacia un universo que estaba dispuesto a crear.

En el noveno mes, un guardián le habló. Observó por la mirilla y sólo vio un cuerpo inerte tumbado en el suelo. Tenía los ojos abiertos y la mandíbula desencajada. A pesar de lo penumbroso del ambiente, acertó a vislumbrar cómo las cucarachas entraban dentro de su boca, se paseaban a la búsqueda de alimento, y volvían a salir trepando por la barba del prisionero. El guardián gritó su nombre pero nada sucedió. No se movía y parecía estar muerto. Dos días más tarde regresó y volvió a abrir la mirilla. Icuza estaba frente a ella, en pie, con un insecto atrapado entre los labios que agitaba sus patas traseras. Le había arrancado la cabeza pero el animal creía que aún disponía de posibilidades.

El guardián, sobresaltado, dio un paso atrás. El guipuzcoano aún no había expelido su último hálito. Por un momento, pensó que le desafiaba. Ahí, frente a él, al otro lado del portón pero a menos de tres palmos de distancia, el hombre le miraba fijamente. Sus ojos, azules, devolvieron la luz de la antorcha que portaba en la mano. El resto, era la negrura más absoluta. En la noche, nada podría distinguirlo de la celda. El prisionero era también prisión.

Icuza le había aguardado durante horas. Ese día no se había acostado y sólo de vez en cuando se agachaba con la intención de atrapar un insecto. Masticando con parsimonia, aguardó. Algo le decía que el guardián habría de

regresar. Se trataba de un presentimiento, pero no se equivocó. Quizás su intención fuera deshacerse de un cadáver. No lo sabía y no le importaba. Él no estaba muerto y no lo iba a estar jamás. De hecho, aspiraba a multiplicarse.

Negro, con el alma solidificándose en las entrañas, nueve meses habían bastado para adquirir el poder necesario. Icuza era Icuza y, además, algo distinto. Negro, mimético, nutrido por sus propios flujos, desnudo, sano y prácticamente inmortal. No iba a morir en aquella mazmorra, no lo iba a hacer. Estaba resuelto a sobrevivir, a aguardar, con paciencia, el momento en el que el portón se abriera de par en par. Daría los pasos necesarios hacia el frente y, mientras ese instante llegaba, no se ocultaría.

Los insectos en la boca y las campanadas en los oídos. Ningún alimento adicional precisaba. Su cuerpo ya estaba negro, cubierto de costras y pústulas, indemne a cualquier ataque que pudiera desencadenarse. Se había hecho fuerte ingiriendo la sopa del suelo. Chapoteaba en ella y permitía que se colase por los orificios de su cuerpo. Y no evitaba orinarse encima, defecar, escupir y vomitar, sudar y babear porque eran, el caldo descompuesto y él, parte de un mismo todo.

Volvió el guardián al día siguiente. Iluminó el interior de la celda y comprobó, con espanto, que Icuza no estaba. E Icuza, ciertamente, no estaba. Había desaparecido. Lo había conseguido: era libre. El vigilante dio aviso a los suyos y comprobaron que el portón no había sido abierto. Llevaba nueve meses cerrado y el musgo había crecido en los resquicios. Alzando una antorcha e introduciéndola por la mirilla, observaron la estancia. Todo estaba oscuro. No había agujeros en las paredes ni el ventanuco había sido ensanchado. Nadie podía haber salido de la celda y, sin embargo, el prisionero no estaba.

Se escucharon voces en la galería. El resto de los

presos había percibido las voces de los guardianes y comprendieron de qué se trataba: uno había logrado evadirse. Gritaron celebrándolo y hubo que golpear los portones y amenazar con una semana de ayuno para que el griterío cesara. Aun así, muchos continuaron murmurando: no sabían quién era Icuza, pero conocían su adscripción a la Compañía. El corsario había huido y jamás le encontrarían con vida.

Icuza no había excavado túneles para huir. No había destruido piedras pues no era preciso. Él era ahora piedra. Hundido en el líquido, le bastaba quedarse quieto y con los ojos cerrados para cesar su existencia. No estaba y, sin embargo, lo era todo. Cuando se decidieron a abrir el portón y empujarlo sobre sus goznes, los guardianes pudieron contemplar a Icuza en medio de la estancia, con los brazos abiertos y sus ojos inmaculados mirándoles sin conmoverse. Abrió la boca y les escupió sangre caliente de insectos recién sacrificados. El habitante de la celda sonrió al saberse poderoso. Había alcanzado un estado de comunión con el espacio que le contenía, una comunión tan intensa que nadie debería ponerla en duda. Volvió a ser invisible para siempre.

Así lo entendieron los vigilantes. Se le suspendió el suministro de agua y pan y, a pesar de todo, Icuza sobrevivió. El líquido le proporcionaba todo aquello que precisaba: invisibilidad y nutrimentos. Los sonidos en su estómago hablaban con voz propia. No iba a ignorarlos, de manera que Icuza les correspondió.

Las conversaciones se prolongaban hasta altas horas de la madrugada. En el estómago residían las verdades que había estado aguardando a lo largo de sus veinticinco años de vida. Comenzó a comprender y penetró los significados existenciales. La gestación concluía nueve meses después de dar inicio.

No debía sentir pesar por la ausencia de alimentos. El estómago lo afirmaba con rotundidad. Icuza podía sobrevivir sin ellos. Bastaban los recuerdos y el líquido haría el resto. Por eso, necesitó recordar. Sumó cada una de las veces que se había sentado a la mesa. Su madre, allá en la casa de Rentería, preparaba la cena en el hogar. El padre no regresaría hasta una hora después ya que aún debía visitar a varios enfermos más. La tarea como médico local le ocupaba gran parte de la jornada. A primera hora, casi con el alba, Icuza preparaba su caballo y le ayudaba a montar. Algunos caseríos estaban demasiado lejos para acercarse a ellos caminando.

La cena constaba de pescado fresco, huevos y nueces. Debían estar todos sentados a la mesa para poder dar comienzo. Si el padre se retrasaba porque una urgencia lo mantenía ocupado hasta tarde, se aguardaba en silencio. Icuza, entonces, salía a la puerta de la casa y contemplaba la marisma. A la luz de la luna, brillaban los botes amarrados en los embarcaderos. Y dentro, olía a sardinas.

Le costó más evocar el sabor de la carne. En casa habían cuidado siempre de un pequeño corral con animales destinados al consumo propio: unos cuantos conejos, algunas gallinas y un par de ruidosas ocas. Se sacrificaban en las ocasiones especiales y siempre era motivo de celebración sentarse frente a un pollo recién asado.

La familia de Icuza carecía de ganado mayor más allá de un par de vacas que pastaban en un prado cercano y surtían de la suficiente leche. Sin riquezas excesivas pero suficientemente holgados, el aprovisionamiento en la casa de Rentería nunca faltaba. Escasas fueron las épocas de penuria. La comida era abundante y los condimentos, numerosos. Por eso no le fue difícil rememorar. Los aromas estaban dentro de él, los sabores en su lengua, las fragancias indelebles en el recuerdo.

El estómago no necesitaba más. Así se lo señalaba a Icuza. Este asentía y cerraba los ojos. La sopa en la que se sumergía constituía su alimento esencial. Pero antes debía completarla con las evocaciones: los filetes de buey en la brasa incandescente, las hortalizas dentro de una hirviente olla, el pescado frito con aceite, el queso, la leche cuajada, la fruta, los hongos, el chocolate...

Los sonidos determinaban los caminos adecuados. Al final, la celda entera, y el propio Icuza con ella, eran una gran nave que se deslizaba, tranquila, sobre las aguas del océano. Las había pilotado con pericia a lo largo del último año antes de la captura. Desde el primer embarque, había ascendido rápido en la escala de oficios. Hábil y despierto, Icuza capitanearía pronto su propio barco.

Mientras tanto, el caldo de la mazmorra era su mar, la única mar en la que podía navegar. Izó el velamen y se situó en el puente. Dio las instrucciones precisas y partió hacia las Indias. Atrás quedaban las tierras guipuzcoanas. Atrás, la comida y sus fragancias. Ya no volvería a saber de ellas. A cambio, ganaba un lugar en cubierta.

El barco no hizo escala en meses. Había perdido el sentido del tiempo y en este viaje no se anotaba en la bitácora. Simplemente se inflaban las velas. El navío se encargaba del resto: la derrota la marcaban los pájaros. Limpios y espigados, acompañaban a la nave en el viaje.

Uno se posó en el vano de la pared exterior y silbó un canto. Icuza comprendió: traía noticias de la guerra. Estaban perdiendo y todos los hombres disponibles eran preciosos. Debía responder a la llamada. Su barco, armado con doce cañones, dispararía contra los ingleses.

Gritó las órdenes en español y, después, para evitar que los guardianes las advirtieran, se explayó en vascuence. El estómago había asumido el mando. Desde las otras celdas, a bordo de las naves amigas, respondieron pronto a

los bramidos de Icuza. Estaban dispuestos a secundarle: muerte a los ingleses.

Una revuelta se desató en las mazmorras. Veinte, treinta, quizás más hombres, golpearon al unísono contra los portones. Muchos se hirieron los puños haciéndolo. Pero no importaba. Antes que nada, la patria llamaba a la batalla. Los ingleses debían ser derrotados y sus cadáveres arrojados al mar. No habría piedad para ellos. Estaban en guerra y, por lo tanto, sólo las leyes de la guerra regían entonces.

Los guardianes llegaron pronto y, en español, pidieron que se hiciera el silencio. Abrieron varias celdas y golpearon a los que las ocupaban. Icuza no se encontraba entre ellos pero sí el morador de la contigua. Oyó cómo le apaleaban sin misericordia hasta que dejó de gritar. Pronto, ni su respiración era audible. Icuza pidió que vinieran a por él. Se decía el capitán, aquel que había instigado la revuelta. El estómago le demandó precaución, pero Icuza, por primera vez, no quiso escucharle. Se hacía preciso que ocupara su lugar, que la responsabilidad que había asumido, se mostrara abiertamente.

Los ingleses le ignoraron. Uno de ellos golpeó el portón de su celda pero no se detuvo. Preferían obviarle. Después de la experiencia anterior, el hombre loco se alimentaba de polvo y aire. Eso decían los ingleses. Ojalá muriera cuanto antes y evitaran, así, tener que volver a cruzar frente a su hálito. El guipuzcoano no era un hombre normal: bebía de otras fuentes, de unas fuentes incomprensibles para los burdos ingleses.

Icuza calmó a su estómago y le dijo que nada había de temer. El poder que había reunido asustaba a los vigilantes. No se volverían a aventurar en una nueva apertura de la celda. Su nave viró a estribor y escuchó las voces en la galería.

Con la oreja pegada al portón, tomó conciencia de que la primera batalla había sido un éxito. Los ingleses azotaban a tres o cuatro prisioneros elegidos al azar entre todos los insurrectos, pero eso carecía de importancia. La victoria estaba próxima. Habría más batallas, una tras otra. Lo importante es que su nave no dejara de surcar.

No existieron alimentos para los hombres durante las dos semanas posteriores. Para entonces, Icuza llevaba más de un mes sin recibir el mendrugo de pan. Enseñó a los demás cómo debían alimentarse. Bastaba con tenderse en el líquido existente en el suelo de la celda y esperar. El alimento vendría. Con las bocas abiertas y los sentidos preparados, sólo había que permanecer atentos y aprender las nuevas rutinas. Un raudal de comida estaba ahí, al alcance de sus manos. Y los aromas, y los sabores. Las salsas y las especias. Las frituras y los guisos. Estaban ahí. Así lo dijo Icuza, aunque nadie le creyó.

Acabarían por admitirlo. Observó al pájaro en el vano de la pared y, justo antes de que partiera, le dio las gracias. Saber del transcurso de la guerra le había supuesto mucho. Acababa de despertar de un letargo y se sentía pleotórico. Negro, sombrío, pero no melancólico, se reconoció: un corsario por cuenta de la Compañía. Todos aquellos que se aventuraran en el contrabando o, peor aún, en asuntos de piratería, tendrían a su barco frente a ellos. Después, se tumbó en el caldo y durmió durante tres días.

Los insectos trazaron sus propias estrategias. Pensaron que la nave debía tocar puerto y permitirles que huyeran tierra adentro. No querían continuar allí por más tiempo. No, pues la nave les estaba devorando. Día a día, diezmaba familias enteras sin darles, apenas, tiempo para reproducirse. Cuando se creían a salvo en una bodega, algo les presionaba hasta quebrarlos. Muertos, la nave les engullía.

Aprendieron a diferenciar los lugares más peligrosos del barco y, en consecuencia, a evitarlos. Pero pronto supieron que nunca se ubicaban en el mismo lugar. El riesgo mutaba y su posición era imposible de definir. Aquellos dos ojos azules brillando en la penumbra suponían el único faro que debían evitar.

Muchos fueron los que emigraron a través de las rendijas y los huecos en las paredes. Más aún, los que, desconociéndolo todo sobre la nave, ingresaron en ella. Morirían sin remedio en los días siguientes. Los sonidos ininteligibles provenientes de la penumbra avisaban del final.

Icuza puso rumbo hacia aguas venezolanas y apresó varias naves enemigas. Se había apoyado contra uno de los muros y allí tragaba las larvas de insectos que anidaban en las grietas. Habló en voz alta cuando dijo que el líquido había comenzado a ascender por las paredes. Estaba cobrando vida autónoma. Para conseguirlo, la pastosidad habitual se había condensado aún más y resbalaba hacia arriba. Pronto se sintió cubierto de sopa espesa. Estiraba la espalda sobre las piedras y acomodaba su curva a las de ellas. El caldo avanzaba por las piernas y le cubría el vientre. Después, ocultó el estómago y el pecho. De ahí, viajó a los brazos y, por fin, al rostro. Todo él estaba oculto bajo la sopa.

Aguantó la respiración cuanto pudo. Quizás pasasen varias horas. Quizás no sucedieran más de tres minutos. De cualquier forma, Icuza se sentía imbuido de experiencia en este bautizo clandestino. No renegaba del recibido en la iglesia de Santa María de la Asunción años atrás. Ni mucho menos. En realidad, el nuevo bautismo suponía una confirmación de todas las creencias que estaba dispuesto a admitir. En el nombre del Señor, introdujo la punta de la lengua en un orificio del muro y aguardó a que algún gusano de mil patas trepase por ella: quedaría irremisiblemente atrapado en su viscosidad.

La sopa también penetró. Ingirió un trago de esencia negra y la degustó. No iba a respirar ahora, pues temía perecer asfixiado, pero el estómago le habló y le dijo que podía hacerlo sin temor: el caldo de la celda también alimentaba los pulmones. Icuza no dudó y los colmó de líquido. Sintió cómo grumos casi sólidos se abrían paso hacia el interior de su cuerpo. Jamás los había notado en las regiones que se disponían a colonizar. Pero la nave debía continuar con las velas inflamadas, y eso suponía construir en todos los sentidos. La cuaderna maestra trazaba su dibujo.

Escuchó el tañido de las campanas cuando se culminó la comunión. Los ingleses parecían haberse dado cuenta de qué era lo que sucedía y lo celebraban. Mostraban respeto y consideración hacia el nacimiento del nuevo hombre. Icuza miró hacia el frente desde el puente de mando y ordenó navegar a sotavento. A partir de ese instante, no regresaría nunca más a casa. Los olores estaban aprehendidos, las músicas memorizadas. Carecía de razones para volver.

Pero los ingleses nada comprendían de su transformación. Icuza y su nave eran únicos, aunque estaban ocultos en los sótanos. Las campanas giraron, en esta ocasión, por un motivo bien distinto: disparaban cañones desde el mar y, por segunda vez, los prisioneros enloquecieron.

Alguien debió encaramarse a su tragaluz y mirar a través de él. Avistó, no demasiado lejos, varios navíos españoles. La voz corrió rápida de pared en pared. Iban a ser liberados. El encierro estaba próximo a su fin. Jamaica caería antes de la noche y todos los ingleses serían arrojados a los acantilados.

Sin embargo, las baterías costeras respondieron con prontitud y hubo que replegar la flota. Fuera del alcance de las balas, planearon el asalto durante medio día. Icuza trepó hasta el ventanuco y la luz le hirió en los ojos. Tuvo que

mantenerlos entornados durante largo tiempo antes de conseguir ver algo. Allá, en el horizonte, los navíos daban media vuelta y se hacían a alta mar. Lo habían intentado, pero no iban a arriesgarse en una tarea que, sin duda, acabaría en desastre. Jamaica no se había improvisado en una noche. Los ingleses eran casi imbatibles en un asalto por mar. Las hileras de cañones alineadas estratégicamente barrerían a los que pretendieran desembarcar.

Icuza les gritó a través del ventanuco. Su cara negra enmarcada en la luz mortecina de la tarde, rompió la monotonía de la fachada: aquí y allá, multitud de caras ennegrecidas miraban lánguidamente cómo los navíos se alejaban. Con ellos, toda esperanza de libertad desaparecía para siempre.

Regresó al suelo, se tendió y abandonó el ímpetu de los últimos días. Ahora que había conseguido dibujar la nave, que era patrón y cuaderna, que sabía de los rumbos imprevisibles y de arboladuras saciadas de viento, ahora, todo se había echado a perder. Él mismo habría derrotado a los guardianes. Con sus manos desnudas y el líquido sustituyendo a la sangre en las venas, no precisaba de más armas. Pero alguien debía abrir el portón, alguien tenía que dar el primer paso y coordinar la lucha. Los prisioneros se hallaban dispuestos. Una andanada de cañonazos bastaría para quebrar la columna vertebral del edificio.

Pero ni eso, ni eso regalaron los barcos españoles. Prefirieron virar en redondo y huir del enemigo. Ellos lo estaban dando todo. La Compañía tenía a sus mejores corsarios enterrados en aquella mazmorra. Debían liberarlos, era su obligación y el convenio establecido. La cobardía empapó las almas de los españoles. No habría perdón para ellos. Los pusilánimes nada conocían de la gloria. Esta guerra debía ser ganada sin contar con nadie.

Tras el avistamiento de las embarcaciones, los ingle-

ses recordaron que ahí abajo aún tenían prisioneros. De pronto, una actividad frenética les ocupó durante más de una semana. El intento de conquista les trajo la percepción de la guerra en la que ellos también participaban. Las mazmorras repletas de hombres eran prueba de ello. Pero parecían haberlo olvidado. En todo este tiempo, no más de media docena de guardianes habían bajado las escaleras que conducían al infierno y siempre trataron de volver a subir las cuanto antes. No se sentían bien allí. Parecía que los presos les recordaban la parte más sucia de sus conciencias, un aspecto que casi desaparecía si no se pensaba demasiado en él.

El desánimo no se cebó en Icuza. En pocos días se rehizo y volvió a su actividad: ya constituía una soberbia nave que se bastaba a sí misma para errar por los mares antillanos. Incluso pudo olvidar a los ingleses casi en idéntica forma a la que ellos le habían olvidado a él. Negarlos no era suficiente, pero la nave se deslizaba y en cubierta reinaba el orden: bastaba con eso, de momento.

Sin embargo, los ingleses irrumpieron en la mazmorra y, una por una, abrieron todas las celdas. Icuza sintió los ruidos a través del portón. No percibía dolor ni castigos. Algo extraño sucedía. Él quedó para el final. Oyó a los guardianes respirar tras la puerta. No se decidían a deslizar el madero que lo bloqueaba y, menos aún, a penetrar dentro. En susurros, hablaban del demonio que habitaba en el interior. Un guardián que había servido siempre en la mazmorra, explicó a los otros la extraña naturaleza del ser que ocupaba la celda. Oscuro e incorpóreo a los ojos de los hombres, no probaba alimento desde hacía semanas. Y, sin embargo, se movía.

Las órdenes que les habían sido suministradas debían ser tajantes. Se armaron de valor y abrieron el portón. Bajo el quicio, cuatro ingleses hociaron el interior. Olía a

excremento pútrido y, al tiempo, a vida. Icuza se apretaba en la oscuridad y no respiraba. Evitaba mirarlos directamente para que la refulgencia de sus ojos no delatase la posición en la que se hallaba. Estudió las posibilidades que tenía de hacerles frente y salir victorioso. De su lado, contaba con la invisibilidad. En contra, el número superior de los enemigos.

Todo se truncó cuando las antorchas hicieron aparición. Una luz abrasadora penetró en la celda y construyó sombras y claros. Icuza sintió que el trazo de la nave se resentía, que había comenzado a morir, que el sentido de su existencia se torcía y amenazaba con varar. Los ingleses entraron y todo fue luz.

Se hallaba en un rincón lejos del vano en la pared. Completamente cubierto de sopa espesa y opaca, levantó la vista y los ingleses pudieron contemplar dos puntos azules perfilándose. Tentados estuvieron de salir de allí, cerrar el portón y no volverlo a abrir jamás. Pero las órdenes tenían que ser atendidas. En menos de una hora, habían baldeado la celda y a Icuza con ella.

Rugió y de sus pulmones brotaron trozos de caldo solidificado que impactaron en los guardianes. Trató de encaramarse a las paredes pero la ausencia de sopa le impedía moverse. La piedra estaba siendo descubierta y la negrura desaparecía. Los guardianes acorralaron a Icuza y le impidieron moverse mientras era bañado. Un cuerpo desnudo y mortecino apareció bajo la mugre. De pronto, sintió el frío. Un frío crudo y abismal que le obligó a acurrucarse contra el muro implorando protección. Los brazos rodeaban las piernas y tiritaba sin poderse controlar.

El estómago había callado. Estuvo mudo durante días, aletargado o muerto. Icuza había sido desprovisto de la única piel que merecía la pena. Quizás sucumbiera. Nadie le hablaba ni disponía de un guía que dirigiera su

energía. Los ingleses arrancaron la fe que albergaba. Ya no perduraría, ya no era nave que se hacía a la mar.

La celda había sido purgada a conciencia. Con la limpia, se purificó la oscuridad: nada había en lo que perderse, ninguna conquista por alcanzar, nadie a quien recurrir cuando envenenase la desesperanza. Los ingleses se marcharon después de limpiarlo todo y matar los anhelos. En su lugar, dejaron un trozo de pan y un cuenco de agua cristalina.

Tuvo que volver al llanto. Lloró y lloró y en la mazmorra sólo su lamento recorrió las paredes. El resto de los prisioneros parecía satisfecho con el cambio. Los alimentaban con mayor frecuencia y el agua, si bien escasa, parecía ser suficiente. Algo estaba cambiando. La llegada de los navíos españoles, y su rauda retirada, podía haber tenido algo que ver. Jamaica era invulnerable y eso, más que nada, acercaba la llegada del armisticio.

A Icuza nada le importó. Él había optado por una solución individual. Su obra se hallaba rota y el líquido en el que se había sumergido para convertirse en sustento, no estaba. Se había desvanecido. Observó el trozo de pan en medio de la celda. No lo recordaba y tuvo que hacer un esfuerzo para evocar de qué se trataba. Pan. Caminó sin eruirse, apoyado en las manos, y lo olisqueó. Pan. Solidez extrema en los procedimientos. Lo introdujo en el cuenco y esperó a que toda el agua fuera absorbida. Con la pasta resultante, impregnó los muros. Trampas para los insectos. Señuelos, reclamos, tentaciones. Él no iba a comer pan. Él, Icuza, se alimentaba de esencias y humores internos.

Las cucarachas no tardaron en llegar. Un baldeado no era bastante para ahuyentarlas. Disimuladas en las grietas, aparecieron cuando el peligro remitió. El agua había desaparecido y alguien disponía comida en abundan-

cia. La humedad había aflorado los primeros líquenes y todo se aparecía delicioso. Comenzaron a mordisquear sin prisa, extasiándose, deglutiendo con frugalidad, atendiendo a una zona y migrando, de inmediato, a otra. Creían haber hallado el paraíso de los insectos: inmensas extensiones de comida en su punto justo de fermentación.

Icuza las observó evitando acercarse demasiado. No quería ahuyentarlas, pero más aún, deseaba regalarse con el deleite de la mirada. La reconstrucción de la nave había dado comienzo. Los insectos volvían a él. No los iba a defraudar. Entre todos, construirían un gran barco, más grandioso y solemne que el anterior. Las primeras cuaderñas serían cosidas ese día.

Cuando resolvió acercarse a las cucarachas, evitó cualquier ruido inesperado. A pesar de ello, estaba seguro de que ninguna le reconocería. Los cientos de animales que había devorado con anterioridad no habían dejado descendencia. Acabó con todos. Extinguió gran parte de la colonia que vivía en esta zona de la mazmorra. Los insectos que ahora comían plácidamente en el muro pertenecían a otra estirpe.

Abrió la boca y la acercó a uno de los ejemplares más espléndidos. Tenía casi la longitud de un dedo índice estirado y sus patas se hundían en la masa de pan. No se dio cuenta de que estaba a punto de morir. Icuza, sin utilizar las manos, lo introdujo dentro de la boca y, ayudándose con la lengua, lo situó entre los dientes. Apretó los labios y experimentó el goce de saber que, en ese preciso instante, el astillero bullía arrebatado por una actividad frenética. El animal se debatía dentro. Todavía desconocía su destino.

Cuando prensó la coraza del insecto, un jugo caliente, viscoso y suave inundó su boca. El animal expiró pero aún sus patas se agitaron en un movimiento espontáneo.

Lo tragó sin apenas masticarlo y se abalanzó sobre sus congéneres. El festín tuvo proporciones formidables. Comió y comió hasta saciarse. Después, orinó y defecó en el suelo. Los primeros ingredientes del nuevo caldo estaban a punto. La humedad condensada en las paredes haría el resto. Le aguardaban días de arduo trabajo.

Los ingleses volvieron a bajar a las mazmorras un día más tarde. Los condenados les recibieron con euforia: traían hogazas de pan y el agua necesaria. Parecía que los tiempos de carencias habían tocado final. La situación, muy lejos del ansiado bienestar, comenzaba a mejorar. Muchos suspiraron por un trozo de carne en salazón o un manojito de fruta recién arrancada. Quizás ese día no estuviera lejano. La guerra no podía durar para siempre. Seis años, casi siete, habían transcurrido desde su inicio. A pesar de que se trataba solamente de simples elucubraciones, la mayoría advirtió la inminencia de la reconciliación.

Icuza, mientras, proyectaba sus pensamientos en otra dirección. Él también recibió el correspondiente pedazo de pan. Los ingleses parecían haberse olvidado de sus temores y se disponían a alimentarlo como a uno más entre los prisioneros. Evitando el enfrentamiento, Icuza aceptó en silencio lo que se le ofrecía. Cuando hubieron desaparecido, volvió a repetir el proceso del día anterior. Creó una pasta a base de pan y agua e impregnó con ella las paredes. Día tras día, repitió el proceso. Los guardianes tenían presente, siempre, la alimentación de los hombres. En poco más de una semana, había logrado cubrir toda la superficie de los muros que le rodeaban.

La pasta enmoheció pronto. La humedad seguía siendo alta, de manera que simplemente bastaba con aguardar. Los insectos encontraron en la celda de Icuza un entorno perfecto. Comida abundante hasta donde alcanzaba la mirada. Musgo y humedad, pan y penumbra. El

edén de las cucarachas. Un prisionero criando ganado, construyendo naves, dibujando un futuro diferente.

El estómago comenzó, de nuevo, a emitir ruidos. Icuza los recibió con alegría. Sus entrañas continuaban vivas. Después de todo, nada se había malogrado. Volvería a escuchar atento lo que tenía que decirle. El estómago adquiría el control, capitaneaba el navío, indicaba dónde habían de ser clavadas las costillas del casco.

Para cuando el verdor se extendió por la superficie de las paredes, Icuza había seguido al pie de la letra las instrucciones aportadas por el estómago. Pastos en los muros, le había dicho su interior. Pastos verdes y animales apacentándose. Como en la remota Rentería. Colinas ondulantes hasta donde se perdía la vista, hierba, árboles, matojos, vida, y ganado alimentándose con parsimonia. Que el tiempo resbalara por las suaves pendientes, sin prisa, lento, melodioso. Una caricia en el rostro de quienes contemplaban tal esplendor. Rentería refulgía en el horizonte.

El ganado criado por Icuza colonizó los pastos que había dispuesto con tanto amor y dedicación. Miríadas de insectos paciendo en la penumbra, lánguidos, fuertes, sanos. Los observó durante horas y aprendió a distinguirlos. Ayudó en la colonización del pasto transportando individuos con sus propias manos a áreas aún sin poblar. No pudo, siempre, reprimir la tentación de comerse alguno, pero, de manera general, aceptaba respetarles la vida. Sólo los ejemplares que habían culminado el proceso de cría, eran apartados en corrales. Constituían un último cubículo antes de servirle de alimento.

El cuenco de agua invertido en el suelo apresó a muchos insectos. Icuza gustaba de dar cuenta de ellos sin pausa. Uno tras otro, los introducía en la boca hasta que esta rebosaba y casi no podía cerrarla. Permitía que se debatie-

ran en busca de un aliento más. Después, quebraba sus caparazones y el jugo cálido bajaba por la garganta hasta en estómago.

Los ruidos de alegría se desataban y del estómago brotaban salmos y sabiduría más allá de toda duda. A Icuza también le embargaba el gozo. Gritó con toda la fuerza que sus pulmones permitían. El resto de los condenados enmudeció en sus celdas. El corsario volvía a hablar. Había permanecido en silencio durante algún tiempo. No fueron pocos los que creyeron que había enloquecido por completo o, incluso, muerto. Pero no, no lo estaba. Resurgía del mutismo y construía el navío que le llevaría lejos de allí. En el astillero se trabajaba sin descanso.

En los aullidos de Icuza hubo verdad. Así lo supieron los demás. Habló del dolor y del sacrificio. Del honor que dignifica a los marinos. Eran hijos de una tierra vieja. Debía comportarse en consecuencia. Jamaica caería cuando ellos levantasen la voz sobre la miseria. La guerra que se estaba librando en los mares caribeños nada tenía que ver con ellos. Su lucha era otra: la emprendida por un puñado de hombres libres que ansiaban la rebelión.

Además, dijo cosas que el resto no comprendieron. Les narró cómo debían cultivar sus propios pastos y cómo el ganado prosperaría en ellos. La sopa, mientras tanto, fermentaría en el suelo. Eso supondría el nacimiento de un arma indestructible. Él era poderoso, pero una flota de curtidos marineros lo era más. Imploró que aunaran esfuerzos. Que ni una sola fuerza quedara deslavazada. Que el honor de ser hijo de la Compañía guiara sus actos. Icuza los capitanearía hacia la libertad.

Los prisioneros dejaron de escuchar cuando lo que creyeron divagación se explayó hasta límites insospechables. Decididamente, el corsario había enloquecido. O muerto, tanto daba. En la mazmorra moría un hombre ca-

da semana, de manera que nadie lo sintió demasiado. Bastante tenían con tratar de conservar su propia cordura. Y ahora que la alimentación había mejorado y los cambios parecían próximos, una revuelta no suponía la mejor opción.

Le pidieron a Icuza que callara. Sus gritos perturbaban la paz que tanto costaba conseguir. Habían empleado mucho tiempo en controlar los sollozos. Ahora que el pánico estaba sometido, mejor no turbarlo con razonamientos inabarcables. Comerían lo que los ingleses les proporcionarían. Beberían su agua y dormirían a la espera de noticias. El armisticio no podía estar lejos.

Icuza se quedó solo y apenas le importó. Supo que debía prescindir de los que no comprendían. Él se haría cargo de una única existencia posible: aquella que le hablaba desde dentro. Se sentía preñado, ocupado por su verdadero yo. Lo que habría de ser, lo sería a partir de lo que ahora prosperaba en el estómago. Introdujo líquenes en sus oídos y se apartó de todo lo que fuera sonido. Los prisioneros de las otras celdas se habían extinguido. Lo supo y se sintió bien. Una sensación de alivio recorrió su espina dorsal. Estaba como debía estar: solo. Alejado de lo que perturbaba. Tan implacable como aislado. Alimentando lo próximo, alimentándose de lo inmediato.

Sintió afán de liquidez y se tendió en el suelo. Prescindiría de las piernas pues no eran necesarias. El caldo iba tomando consistencia y le bastaba con eso. Un líquido amniótico que proveía sentido a sus acciones. Inspiró dos veces y se golpeó en los muslos. Sí, renunciaba a las piernas, renunciaba a los oídos y se imbuía de oscuridad. Los ojos tampoco eran necesarios en la penumbra de la celda. Sobreviviría escuchando lo que su estómago tenía que comunicarle.

Y lo que tenía que comunicarle, se sostenía en una

misión: que ambos, a través de sus voces, consiguieran mantenerse vivos hasta que todo aquello concluyera. Y una cosa más: ambos, Icuza y su estómago, devendrían en una misma especie, en una mixtura de sensaciones y percepciones, en una amalgama alimentada por el deseo de pervivencia.

El estómago comenzó explicando el porqué de su diálogo. Debía manifestársele pues esa se aparecía como la única posibilidad que le restaba. Alguien en quien confiar y, al tiempo, alguien que confiara en él. Uno y otro se necesitaban mutuamente, se debían afecto, se prestaban auxilio y compañía.

Decidieron que sólo iban a hablar sobre el futuro. Sí, lo que había sucedido, sucedido estaba. No merecía la pena echar la mirada atrás. Ni un solo instante perdido en el recuerdo. Los ingleses podían aferrarse a lo que habían sido, pero ellos iban a ignorarlo. Únicamente, un presente bien definido: dos, uno recio y hábil, el otro nonato y locuaz, incorporados a una conversación sin tregua ni desánimo. Lenta y sugerente, tan cautiva como, simultáneamente, libre.

Así, Icuza, tendido en el piso de la celda, comiendo y defecando sin apenas modificar su posición, permitiendo que la orina le humedeciese, tibia, que el sudor se integrara, rancio, en el caldo madre. Él también se sentía gestado y así todo se configuraba como debía ser: en un orden acabado e intrincado de dependencias. Quien allí tuviera vida y quisiera sentirse independiente, el error debía serle comunicado de inmediato. Todos eran lo mismo, integrantes de un proyecto basado en sucesivos preñamientos. Y todos al unísono, la nave que un día les alejaría de la oscuridad.

Sobre la negritud. Y sobre la ternura. Esos fueron los dos primeros aspectos que abordó el estómago. Parecía que quien hablaba, se sentía, al tiempo que de Icuza, vásta-

go de una negra de La Guaira. El corsario había yacido con muchas de ellas. No podría recordar cuántas, pero sí estaba seguro de que tantas como placeres había disfrutado. Echaban amarras, desembarcaban, cubría unos cuantos trámites rutinarios en el edificio de la Compañía y, sin salir de puerto, calmaba sus ansias entre las sábanas de una esclava.

Daba igual que se tratase de una o de otra. Apenas se fijaba. Tan sólo aguardaba a que se desnudara y él se tendía a su lado. La negra hacía el resto. Regresaba al día siguiente y repetía el estímulo muchas veces hasta el amanecer. Siempre con negras, con mujeres traídas de África o con las hijas de estas. En cualquier caso, nunca prestó demasiada atención a los detalles.

Jamás se había acostado con una mujer de tez blanca. Las pocas que se hallaban en las costas antillanas, lo estaban porque eran esposas o concubinas de marinos europeos. Y aunque estos ocuparan la mayor parte de su tiempo en el mar descuidando así la vigilancia sobre sus mujeres, no merecía la pena arriesgarse por una piel macilenta. Para saciar las urgencias, se arreglaba con las negras. Algo de dinero sobre las sábanas y toda una noche de silencio y sosiego. Porque Icuza apenas hablaba. Se dejaba caer en el lecho, cerraba los ojos y aguardaba. Eso era, para él, la tierra: un descanso impaciente que debía ser cumplido sin demasiados espasmos. Ya llegaría, de nuevo, la mar para colmarle de emoción.

Pero, ¿y la ternura? Recordó a una esclava de ojos extrañamente claros. En esa indefinición entre el marrón tostado y el verde de las olas, la niña, de no más de trece o catorce años, delataba su condición. Hija de una negra africana y de un europeo de instintos apremiantemente liberados, las monedas sobre el lecho habían sido la marca de su engendramiento.

Cuando tuvo edad suficiente, cuando sus pechos se hubieron desarrollado y las caderas marcado incipientes curvas, su dueño la empleó en el oficio al que, desde siempre, había estado abocada. A fin de cuentas, la había mantenido desde que vino al mundo, de manera que estaba en su derecho de buscar el justo resarcimiento a la inversión. Algo que, por otro lado, era la norma entre los propietarios caraqueños.

Probablemente era el único rostro que podía evocar entre todos aquellos que le miraron desde arriba mientras las caderas cimbrecaban. Por alguna razón que no podía recordar, la buscó en varias ocasiones y yació con ella, siempre en silencio, con los ojos cerrados y esos susurros tranquilos en el hacer de la noche. Después, se hizo a la mar y la olvidó. En los siguientes ataques se acostó con otras negras, pero ninguna capaz de gemir con tanta dulzura como la mulata de ojos claros.

Ahora el estómago le explicaba que aquello que había sentido tras verterse en el interior de la niña, cuando esta aplacaba unos gemidos en los que, a partes iguales, mezclaba apasionamiento y sollozo, no era un sentimiento distinto al de la ternura. No la quería, pues ningún hombre de la mar establecía vínculos con hembras de un color que no fuera el suyo, pero sí, por unos instantes, estaba dispuesto a acariciar una piel limpia y suave. Como si dos destinos que nada tenían que ver, encontraran un nexo irrefutable en la laxitud tranquila de la oscuridad irreal.

Él supo, cuando el estómago habló, que nunca más volvería a experimentar ese estremecimiento. Si lograba salir vivo de la mazmorra jamaicana, podría volver a yacer con mujeres, incluso, quién sabe, con mujeres blancas o cobrizas, pero jamás percibiría la ternura de aquella niña. La desnudez que se le enfrentaba cuando la hizo suya, cuando la colmó una y otra vez, no la hallaría en ninguna

otra mujer. Una desnudez en la mirada, en las caricias, en el sutil roce de su vientre recién inaugurado. Le puso el dedo sobre el pecho y acarició su vello denso. La mano parecía entrar dentro, muy dentro, más allá de la carne y las costillas, hacia el lugar en el que lo que buscaba residía, hacia el corazón.

La niña, quizás, albergó esperanzas que nunca estuvieron en la mente de Icuza. Una bolsa de monedas sobre la mesa del propietario y una firma en un trozo de papel bastarían para que la felicidad arribase. Algo insignificante para un corsario de la Compañía. Entonces, aguardaría siempre. Miraría por la ventana y escrutaría el horizonte esperando divisar las velas correctas. Esas que traerían a su amado, al ser que la había liberado de los hombres sin sentimientos, de la puerilidad y de los yacimientos vanos. De cientos de descargas que luego habría de lavarse en la tristeza de una escudilla tan sucia como repleta.

Pero Icuza nada de eso conoció hasta que estuvo tendido en el caldo de la celda. Allí comenzó a recordar, a emular las caricias y a buscar lo que a la niña había entregado sin pretensiones. Lo buscó y, cuando lo obtuvo, hizo que pasase a formar parte del líquido que le alimentaba. Vida en lo que daba vida. Existencia desde el principio, desde el germen y la semilla. Se arrastró, entreabrió los labios y dejó que ese retazo de esencia le impregnara de sabor y de recuerdo.

La niña, mientras él se consumía, habría lozaneado. Sus pechos se habrían desarrollado por completo y las curvaturas estarían definitivamente trazadas. Ya no sería una niña, sino una muchacha con mil hombres de experiencia. Mil veces acucillada sobre la escudilla, mil llantos derramados mientras purgaba una pena: el recuerdo de lo perdido, de lo que no había sucedido y jamás retornaría. Porque en torno a eso podía estar segura: el hombre al que

amó, se había hecho a la mar y no la buscaría en su próximo atraque. Demasiadas negras para satisfacer un impulso insignificante.

El estómago rugió en toda su intensidad. Icuza debía proporcionarle lo único que lograba calmarle: un insecto jugoso y crujiente. Los pastos estaban repletos, pero no se sentía con ganas de acercarse hasta ellos. Se tendería con la boca abierta y aguardaría el tiempo necesario. Tarde o temprano, alguno acudiría, tironeado por la curiosidad, y sus dientes harían el resto.

En el estómago caían tres o cuatro insectos por la mañana, y media docena al anochecer. La dieta mínima y esencial que Icuza se había trazado. No quería diezmar al ganado. Se dijo que era una buena idea mantener una población estable, comer sólo lo necesario y esperar a que las crías se desarrollasen. Como un pastor al cuidado del rebaño, decidió que lo adecuado era racionar el alimento a la espera de acontecimientos. No podía saber cuánto tiempo le restaba de condena. Los ingleses le habían tomado por la fuerza y no se formularon acusaciones ni juicio alguno tuvo lugar. Sólo una venda en los ojos y, después, la celda.

Comenzó a sentir predilección por unos insectos de caparazón redondeado y patas nerviosas que se agitaban cuando hundía sus dientes en ellos. El cosquilleo sobre los labios, le recordaba las caricias de las negras. De todas las negras con las que se había acostado, así, de una forma genérica y nada detallada. Exceptuando a la niña de ojos claros, el resto de las esclavas no eran sino confusas sombras moviéndose despacio en la oscuridad.

Cuando el estómago recibía el preciado tributo, regalaba a Icuza con un nuevo recuerdo. Narraba, de esta manera, cómo, por primera y única vez en su corta existencia, se había alzado sobre una negra y la había tomado por detrás. Al igual que un perro encelado, la cubrió posando los

brazos en su espalda, tomándola al asalto e hiriéndola en el embate. No era nada habitual en él comportarse de aquella manera. Por lo general, le bastaba con tenderse y aguardar a que la negra se ganara las monedas. Pero la esclava sin rostro había despertado en él instintos que no recordaba poseer. El estómago, ahora, le hablaba de ellos.

Herir a las hembras mientras la explosión tenía lugar. Sí, la había golpeado en la espalda con los puños cerrados, había rodeado el cuello de la negra con las manos desnudas y procedido a presionar sobre él. No era capaz de reconstruir el final de la escena y saber si la mujer sobrevivió a su hervor. Pero sí recordaba el daño infligido. El estómago le trasladaba las sensaciones una tras otra. Así, revividas en ese instante, sintió la misma pasión por el dolor ajeno, el mismo gusto por el sufrimiento, por la agonía y el flagelo.

Se sobresaltó al reconocerse como ejecutante de la máxima crueldad: la que tiene como destino a un ser que nada puede hacer por defenderse. Pero, de inmediato, comprendió que ahí, precisamente, residían el placer y la belleza. En el mal invocado sobre los débiles, sobre los incapaces del más exiguo gesto defensivo. Golpear hasta la muerte a una esclava negra vuelta de espaldas sobre la cama. Penetrarla sin descanso pero con precaución: que lo que propagaba la vida y lo que la cercenaba, surgieran al unísono. Fecundar al tiempo que el campo se volvía desierto. Invitar a la vida a mirar cara a cara a la muerte.

Unas cuantas monedas adicionales solventaban el exceso. La Compañía se hacía cargo de los desahogos de sus hombres cuando estos superaban lo cotidiano. Levantaban una iglesia en San Sebastián, la más lujosa entre las dedicadas a Santa María Madre de Dios. A cambio, en las piedras labradas, el perdón se construía palmo a palmo. Nada importaba si los navíos cargueros de la Compañía re-

tornaban siempre con las bodegas repletas. Eso y una bolsa de monedas en la mano del propietario. Ninguna negra merecía más responso.

Y el placer de la cópula sin tregua, de la muerte y la vida unidas en un instante prodigioso. Pues de eso se trataba. Icuza había comprendido, a sus veinticinco escasos años de edad, que la vida carecía de interés si la muerte no caminaba a su lado. Matar era un acto sencillo: en la mar, a bordo del barco en el que la Compañía le había enrolado, había podido observar, en no pocas ocasiones, la belleza de los hombres acabados. Pero allí todo sucedía porque debía suceder. Formaba parte de lo habitual y estaba de más detenerse a pensar en ello: los corsarios luchaban contra los contrabandistas y los piratas. Alguien debía morir y todos ponían el empeño necesario en no ser ellos. Era parte del orden y todos lo aceptaban. De alguna forma, aunque las fuerzas fueran dispares, la lucha se entablaba siempre entre iguales. El riesgo era conocido y carecía, por lo tanto, de importancia.

Pero con las negras era diferente. Su vida estaba aureolada por esa suave cualidad: la indefensión. Podían matarlas, hacer con ellas lo que quisieran, destrozarles las entrañas, afeitarles el pelo, arrancarles el vientre, doblarles hasta ser sólo orificio y pliegues húmedos, y unas monedas solventarían las consecuencias. Icuza lo sabía porque él mismo había sido partícipe del rito: dobló a una esclava y se tendió sobre ella. La golpeó con las caderas hasta hacerla sangrar y después apretó las manos en torno a su cuello. Gimió, pero muy débilmente. Como si no quisiera molestar, como si nada importara demasiado, como si supiera que todo estaba perdido y no estara en su mano luchar por continuar viva.

Había más crueldad en los hombres de la Compañía. La Guaira acogía tugurios en los que la muerte manaba por

las ventanas. Hembras dadas a la exacerbación de marinos hartos de la pudicia europea. Allí todo podía suceder pues la carne y los hoyos eran baratos. Las negras eran tendidas en el suelo, maniatadas a veces, y hombres las rompían. Les quebraban la vida, el aliento y, si las tuvieran, las esperanzas.

A la esclava de ojos claros, la esperanza le había abandonado mucho antes, cuando Icuza cruzó su puerta sin volver la mirada. Después, otros hombres romperían lo que quedaba de ella: un cuerpo frágil y sonidos intempestivos en su interior. Aunque, para entonces, nada le importó. Murió en esa forma en la que las esclavas se daban por acabadas. Sin apenas un sollozo, aceptando con resignación la suerte que les había tocado, encarando el destino sin más vestimenta que una mirada lánguida.

Los sonidos que albergaba en las entrañas fueron reproducidos por el estómago. Tintineaban vidriosos, indecisos, lentos en la permuta del fraseo. La negra se moría sin remisión, como muchas negras lo habían hecho antes de ella y como muchas lo harían después, sumida en un mar indefenso. Alguien se ocupaba de vaciar sus aguas, de mostrar obscenamente los fondos arenosos, los esqueletos de los navíos naufragados, las miríadas de peces aleteantes arqueándose en un último estertor, y, aún así, nada sucedía porque el final se hallaba previsto. De la belleza en la destrucción, del ánimo que impulsaba el tormento de seres indefensos, de todo eso, le habló el estómago.

Y de la muerte y de la vida entrando y saliendo al unísono de un cuerpo postrado. Como Icuza mismo había comprobado. Todas las negras probarían, tarde o temprano, la dicha de saberse muertas cuando un español las llenaba de sustancia viva. Porque escuchar lo que vibraba en ese preciso instante dentro de ellas, propiciaba el espasmo más increíble jamás experimentado. Una suerte de impul-

sos recorriendo las venas y los huesos a una velocidad pasmosa. Un cúmulo de sensaciones prohibidas sólo posibles en las tierras venezolanas. Ninguno de ellos se hubiera atrevido a gozar de esta manera con una mujer blanca. No en los territorios de ultramar y, menos aún, en la juiciosa Europa.

El orden trazaba sus puntos de dispersión y establecía coordenadas que debían ser observadas. Para la experiencia al límite de lo cognoscible, para la muerte fácil y el tesón en los dedos, nada mejor que un océano de por medio. Nada más útil que una región recién estrenada, virgen a las excitaciones, a los impulsos ciegos, una región poblada de hembras sin valor aparente, prestas a doblarse sobre sí y a aceptar con dignidad lo que hubiera de venir.

Cuando las ataduras cobraron relevancia, Icuza acababa de cumplir veintitrés años. Entonces supo qué era yacer con el desamparo infinito. Las esclavas eran maniatadas al techo de la estancia, los brazos atrapados sobre las cabezas, las piernas separadas y sujetas a los muebles: frustrado cualquier intento de moverse. Después, devenía el castigo. Muchas no lo soportaban y morían rápido. Pero los besos y las mordazas supieron ser aplicadas con destreza para que nada de eso sucediese. El placer debía ser alargado por días, dos, tres, cuatro incluso. Cuando llegaba la hora de hacerse, de nuevo, a la mar, quedaban allí los restos de la batalla: una mueca desolada en los rostros de las negras. Y los vientres ajados, las vísceras secándose al aire y sus estómagos rumiando los residuos de la última cena.

Icuza recordaba haber oído hablar de las mujeres atadas. Aunque él nunca lo había puesto en práctica, era norma común comentarlo entre los hombres. Sobre todo, entre la oficialidad. Porque se trataba de un juego impropio de la marinería. La sofisticación que algunos ritos habían alcanzado, quedaban lejos de los intereses de los

marineros. Para ellos, el yacimiento escueto y banal bastaba para saciar las necesidades acumuladas en los días a bordo.

Cuando el estómago, con murmullos constrictores y un lamento que tuvo que acallar engullendo un insecto azulado, metálico y casi insípido, insistió, una imagen asomó a su mente. No podía identificar si sucedió durante el día o en la noche. Una bruma intensa lo cubría todo y el manto de la desesperación enmarañaba las paredes. Seguía los pasos de una negra sin rostro, de un cuerpo denso y oscuro, pétreo, burdo, grotescamente ordinario, cuando tras una puerta entreabierta atisbó lo que ahora rememoraba: una esclava pendía de un garfio situado en el techo de la habitación. Aún miraba, miraba hacia delante con ojos tristes y rúbrica lánguida. Se sostuvieron la visión durante un instante. Fue sólo un instante y, después, alguien cerró la puerta desde dentro.

Cada sogas que la sostenía, imprimía dolor. Y todos los dolores, sumados y unánimemente, engendraban el goce de aquellos que la disfrutaban. Estaba desnuda, mostrando la negritud intensa de un cuerpo varado, y revelaba el verdadero sentido del sufrimiento: aquel que proporcionaba amor a sus pretendientes. Porque la querían. Durante las largas horas de sometimiento, los hombres que tensaban los cabos, dos o tres, quizás más, amaron con pasión a la esclava. La amaron, se vertieron en ella, la colmaron de tanta dicha como aflicción. En más de una ocasión, lavaron sus heridas y dispusieron unguentos que aplacaban el dolor. Para volver a imponérselo, para que, desde la calma, el martirio adquiriese verdadera proporción, intensidad y matiz.

El dolor disponía de cien caras, pero en la de la negra, en una sola se resumía: la imploración de su propio acabamiento. Cuando Icuza la contempló y ambos se sostuvie-

ron la mirada, ese fue el rostro que descubrió. Habría irrumpido en la estancia y clavado un puñal en el cuello de la mujer, accediendo, así, a cumplir su pedido, pero los hombres que la gustaban se le hubieran enfrentado. Eran hombres de la Compañía, buenos marinos y hábiles en el oficio del mar. Alguno, incluso, tendría esposa e hijos aguardándole al otro lado del océano. No, aquellos hombres eran de los suyos y podría llegar el día en el que precisase del auxilio de uno de ellos para salvar su propia vida en la mar. La ley se escribía clara: los que navegaban juntos, permanecían juntos también tierra adentro.

Por eso siguió caminado tras la negra sin rostro, accedió a la alcoba que le fue indicada y se tendió en el lecho con los ojos cerrados. No los abriría hasta tiempo después. Cuando ella hubo acabado, cuando los gemidos dejaron de escucharse a través de las paredes, cuando todo estuvo tan inmóvil como el agua en un cuenco.

Pidió a la negra que se acostara a su lado y durmiese junto a él. Podía estar tranquila: tan sólo ansiaba un cuerpo caliente durante las horas del abandono. Así, estrechado a los pechos de la esclava, succionó algo tibio e insípido: la mujer debía hallarse amamantando a un hijo y de sus pechos brotaba, sedosa, la leche que le estaba destinada. Sin embargo, Icuza continuó sorbiendo de los anchos pezones de la negra hasta agotarlos, hasta que, al tiempo que tragaba sólo aire, se quedó dormido.

Soñó con el bebé de la negra, con su cuerpo delicado y diez sogas sosteniéndolo de un garfio. Insectos de coraza gris trepaban por sus piernecitas y viajaban vientre arriba. El niño, con un par de ojos insólitamente claros, simplemente observaba: parecía ensayar el gesto que los de su raza adoptarían cuando los hombres blancos decidieran la suerte que les estaba prescrita. Los insectos empujaron los labios y penetraron dentro de la boca. El bebé, sin dientes

aún, nada pudo hacer sino aguardar. Lo que hubiera de ser, sería. Docenas de insectos grises cayendo por el interior de su cuerpo, conquistándolo, tomándolo al abordaje, haciéndolo tan suyo que una sola bandera podría ondear en lo sucesivo: la que la Compañía establecía para las naves del corso.

Y luego, cansados de la oscuridad, surgieron al exterior a través de la piel. Abrieron huecos en la carne, huecos que se sumaban a los ya existentes, que se solidificaban de inmediato, tan apetecibles para el hurgamiento que quien quisiera podría introducir sus dedos dentro. Y esperar. Esperar a que el estómago del bebé se comprimiese tomando a las yemas por alimento, a lo que dentro de las uñas sucias y largas se pudría, por despensa.

Icuza introducía los dedos dentro de los orificios y sentía el cosquilleo: a veces, un insecto se había rezagado dentro y se abrazaba a la protuberancia. Comenzaba, entonces, un pequeño e insistente mordisqueo que obligaba a empujar más y más, hasta que el insecto quedaba aplastado por el dedo. Un dios estrambótico le daba muerte. Pero lo que el insecto desconocía, en cualquier caso, era que tras eso a lo que reconocía como sumo disponedor de voluntades y destinos, se alargaba más allá del vientre del niño, tomando proporciones hercúleas, un hombre tan vasto que se hacía imposible enfocararlo por completo en un solo vistazo.

El bebé, para entonces, había congelado su mirada. El estómago se le había constreñido y no hablaba más: tan mudo como inmóvil, se limitaba a apresar con desgana lo último que había abrazado. Pero para el hercúleo ser, nada suponía imposibilidad permanente. Le bastaba con tironear sin demasiado esfuerzo para recuperar aquello que había sido suyo, que era suyo: el dios residente en la yema del dedo.

Se despertó envuelto en sudor. Aún la negra yacía a su lado y le había pasado un brazo sobre el pecho. Icuza no se había separado del pezón que le había amamantado. Si estiraba levemente los labios, podía volver a sentir la dulce rigidez de la aureola. Todo permanecía en silencio. El sol penetraba, entrecortado, a través de las persianas y el bullicio se encrespaba fuera. Debía ser mediodía. Quizás, más tarde. La esclava había estado junto a él todo el rato. Su leche, ingerida con avidez por el corsario, ya no podría alimentar a su hijo, de modo que evitó contrariarlo con un abandono subrepticio. El hombre la había tratado bien y no existían razones para propiciar un cambio indeseable. A fin de cuentas, conservaba la vida. Habría más leche para el bebé.

Una vez hubo adquirido la lucidez necesaria, se secó el sudor con la sábana y volvió a tenderse. La negra dormía o, al menos, fingía hacerlo. La acarició lentamente, sin presiones, con suavidad. Tenía la piel tersa y brillante. Entonces pensó en la posibilidad del contagio. La negritud podría saltar de cuerpo en cuerpo e invertir las identidades. Él podría ser ella y ella podría ser él. Desde ese momento, no sería sino una negra carente de rostro. Y más aún: sin derecho sobre su propia existencia, abrasada por un miedo intenso y permanente y tentada por la posibilidad de acabar con todo de una vez por todas. Sin fortuna y sin opciones. Presta siempre a satisfacer las lujurias que pudieran ser adquiridas con monedas.

Contagiado, al tiempo, de negritud y feminidad, se levantó y procedió a lavarse en la escudilla. Abrió los pliegues y escarbó entre ellos con agua antes utilizada por otra. El hombre blanco se había marchado y había de volver al trabajo. El propietario se enojaría si se demoraba más de lo preciso. Caminaba por el pasillo en dirección al cubículo de las esclavas, cuando dos marinos se cruzaron en su tra-

yecto. La carencia de rostro reconocible pareció excitarles. La eligieron de inmediato. Una cara que no miraba, que sostenía el dolor sin muecas ni espasmos, se erigía en ideal para lo que urdían.

Fue atada de pies y manos, e incluso por su sexo se deslizó una cuerda. Suspendida en el aire, flotó y se meció como el velamen de un navío. Los dos hombres la empujaban con la punta de los dedos, uno a cada lado, y reían la improvisación. Después, llegó el infierno. Las sogas se tensaron y fue reducida a un fardo casi redondo. Nuevas cuerdas afianzaron la posición. Tenía la cara hundida en el pecho y las rodillas tocando la frente. Las muñecas fueron asidas, con pericia marinera, a los tobillos. Uno de los hombres se entretuvo, incluso, entrelazando los dedos de las manos con los de los pies.

Y entonces, pendió del techo en la mayor de las indefensiones. La voltearon varias veces mientras se desnudaban. Comenzó a llorar cuando sintió algo áspero, frío e inacabable penetrándole. El intestino se dilató para acoger a la irrupción, pero el objeto entraba más deprisa de lo que el intestino se ensanchaba. Por eso, quebró tejidos a su paso y ella comenzó a sangrar por dentro.

Los hombres no se detuvieron. Continuaron insertando cosas que no podía ver pero sí sentir. Una empujaba a otra y, todas, consiguieron que su vientre se hinchara. La flexión a la que estaba obligada, impedía descubrir más espacio. Pronto, su cuerpo se detuvo. Estalló e hilos de sangre brotaron derramándose por el suelo. Sólo entonces los hombres se vaciaron sobre ella. Notó cómo algo caliente resbalaba por la nuca y se deslizaba, denso y viscoso, por la espalda.

Un rato de silencio después, alguien acudió y soltó las ligaduras. Cayó sobre el piso de madera golpeándose los muslos, pero, aún así, tuvo fuerzas para ponerse en pie

y tratar de caminar hacia la cama. Estaba tan rota que poco más podría esperar: se acostaría y aguardaría a que el dolor diera paso a la tranquilidad. Allí, sobre el lecho, una figura se esbozaba entre las sábanas. El hombre blanco con el que había intercambiado identidad, aunque no percepción, dormía profundamente. Se tendió a su lado y cerró los ojos. La pulcritud de las sábanas se echó a perder con la sangre que aún le brotaba.

Cuando volvió a abrir los ojos, todo había regresado al orden habitual. Icuza volvía a ser Icuza, corsario guipuzcoano enrolado por la Compañía. Junto a él, una esclava yacía muerta. Tenía el vientre hinchado y desgarrones en la piel allá donde las ligaduras presionaron. Ya no sangraba porque toda la sangre había abandonado sus venas. Comprendió la tristeza de una muerte inútil. Pero, al tiempo, supo de la belleza acopiada por el dolor carente de significado. En el cuerpo balanceante e indefenso, humillado y herido hasta el paroxismo, ultrajado y desprovisto de alma, se condensaba la perfección suprema. El sufrimiento como vía de apaciguamiento, como camino hacia la comunión con la íntima esencia de uno mismo. La muerte cristalizaba en un momento extremadamente preciso: aquel en el que la lucha cesaba y se comprendía que todo quedaba, de forma irremisible, perdido.

En la celda había caído la noche. Nada se escuchaba porque nada merecía ser escuchado. El estómago había callado e Icuza se orinó encima. Arrastrándose por el suelo, topó, a tientas, con un insecto que engulló de inmediato. La oscuridad le impedía ver, pero supo distinguir su naturaleza por el sabor de sus jugos. Acre, irritante si se mantenía demasiado tiempo en la boca, turbio y mineral.

No tenía sueño, así que decidió abrir los oídos a los rumores de los insectos. Acostumbraba escucharlos por-

que los siseos producidos por sus idas y venidas, por la persistente actividad emprendida en la humedad y el pudrimiento, le entretenían y descansaban su mente. Trató de imaginar a cuántas cabezas ascendía el rebaño. Doscientas o trescientas, al menos. Sí, había conseguido criar una casta sana de al menos diez trazas diferentes. Desde esos perfilados, colmados de patas diminutas y sabor torcido, hasta los más sabrosos, los que se acorazaban y había que crujirlos para extraer sus esencias.

Había probado a tragárselos vivos, a no masticarlos, a sorberlos como el agua, a empujarlos garganta abajo aunque se debatieran intuyendo un sino nada propicio. Pero conseguía, si no se atoraban en el camino y había que regurgitarlos entre espasmos, toses y convulsiones, que los animales cayeran aún con vida en el estómago. Entonces, una explosión de sensaciones tenía lugar. El estómago se apresuraba a acorralarlos, a verter jugos gástricos sobre ellos y aguardar la lenta descomposición. Podía sentir cómo, poco a poco, cesaba el pataleo y se extinguían. Se convertían en una pasta acuosa que si iba diluyendo progresivamente.

La emoción más intensa llegaba, siempre, en el momento del acabamiento. Aquellos animalillos que con tanto afán había criado, que había visto nacer y para los que había dispuesto comida en abundancia, pastos de pan mojado y moho fresco, se deshacían tenuemente en su estómago. Estaban vivos y, un instante después, morían. Era así de simple y así de esplendoroso.

O no tragárselos y aguardar, con la boca cerrada y ejerciendo, los dientes por un lado y la lengua por otro, de celda infranqueable, a que muriesen de inanición, de espera y de asco. Podían transcurrir días hasta completar la evolución del tránsito hacia la muerte. Durante ese tiempo, el estómago permanecía en silencio, agazapado, expectante.

tante, anhelando la llegada del momento en el que el cuerpo inmóvil se deslizara hacia su territorio.

El insecto atrapado en tal condición, sentía cómo el pánico iba apoderándose de él, cómo la imaginación de lo imposible devenía en afirmación indiscutible, cómo percibía la superioridad de lo desconocido, de lo abstracto y lo circundante. En definitiva, Icuza se entretenía jugando a ser inglés. De idéntica forma al sometimiento, a la privación que estaba sufriendo, obligaba a los insectos a experimentar el miedo. Asediados por paredes inexpugnables, indefensos, confinados en un espacio mínimo y asfixiante, no pudiendo deshacerse de la idea de hallarse perdidos sin remisión. Así se sentía él y así se lo hacía sentir a los insectos en su boca.

El miedo era lo más doloroso. Más que la miseria, que la estrechez, que la oscuridad y el aislamiento. El miedo era más duro que todo lo demás. Miedo a no saber o a saber demasiado, a no ver o avistar cada palmo de inteligencia, miedo a traducirse en insensibilidad o a sentir cómo cada poro de la piel respiraba las tinieblas. El miedo provocaba la ansiedad, y de la ansiedad a la locura había un solo paso que no estaba seguro de poder evitar. Si se encontraba recorriéndolo o si lo había recorrido ya, quedaba en incógnita que no deseaba averiguar. Mejor continuar asido al miedo, pues mientras este existiera, lo demás no advendría.

Aunque el dolor le fracturase el ánimo. No importaba. Ahí estaba el estómago dispuesto a recordarle quién era, dónde se hallaba y el porqué. Se hacía necesario exponer, una y otra vez, cuantas veces fuera preciso, las razones de su estado, los motivos que le habían abocado a aquella celda infecta y caliente.

Arrumbaban hacia Europa cuando fueron abordados. Los ingleses habían estado castigando con dureza a

los barcos de la Compañía desde hacía varios años. El monopolio que esta ostentaba en el comercio con las tierras venezolanas, hervía la sangre de los ingleses. El odio venía de antaño. De mil enfrentamientos y batallas mal curadas. Por eso se ensañaron con la nave que, plácida, ponía proa hacia Cádiz. Por eso los tomaron al asalto, apresaron cuantos hombres pudieron, asesinaron al resto y secuestraron la mercancía.

Ese fue el principio de la gestación, el momento inicial en el que el estómago cobró vida pues la vida germinaba en él. Sobre la cubierta del barco guipuzcoano, cincuenta ingleses sembraron el dolor. Mataron, cercenaron miembros, arrojaron hombres vivos a los tiburones y destruyeron, dándolo al fuego, el aparejo. Nueves meses más tarde, Icuza rememoraba el instante de la concepción.

Él fue de los que cayeron al agua. En unas circunstancias que no podía precisar, se vio acorralado contra la borda y saltó. Saltó, prefiriendo el agua y la ventura que esta le deparara, a la pólvora de los ingleses. Se dijo que, al menos así, dispondría de una oportunidad.

El impulso de la caída le hizo desaparecer, durante unos minutos, bajo la superficie. Una vez hubo recuperado el equilibrio y la noción de sí mismo, nadó aguantando la respiración. Debía alejarse cuanto pudiera del casco de su barco. Después, ya decidiría. En ese momento, lo importante era huir, huir ya que todo estaba perdido para él. No suponía una maniobra honorable, pero el instinto de supervivencia podía más que el decoro. De modo que nadó hasta que los pulmones estuvieron a punto de estallarle.

Entonces, sucedió. Algo limpio, casi translúcido, se le acercó bajo el agua. No era un hombre, menos aún una mujer. No un niño, no un pez. Ni un trozo de naufragio. Ni el coral alborotándose ante la cobardía que acababa de consumir. Era algo distinto, tan distinto como el aceite al

vino: no se mezclaba con nada y, sin embargo, exhibía la misma naturaleza. Era líquido y densidad, fluido y consistencia. Bebía de lo que a los demás les estaba prohibido.

Aquello le rondó, nadó junto a él y, cuando tuvo necesidad de subir a la superficie para tomar una bocanada de aire, se le acercó, posó sus labios en los suyos y le insufló vida. A través de la respiración del ser, él respiró. Le ayudaba, sin duda, le estaba ayudando. Al sentirse colmado de aire, volvió a descender. Entonces, el ser se apartó. No fue demasiado lejos, ya que se mantuvo siempre al alcance de la vista, pero situó unos brazos de mar entre ambos.

Icuza sintió cómo su estómago comenzaba a vibrar. Algo había penetrado en él junto al aire. O el aire insuflado por el ser albergaba más vida que la propia de una bocanada. No lo sabía, pero se sintió bien. Sintió la plenitud de una concepción advertida, se reconoció madre de lo desconocido, mezclada su carne con la ausencia de corporeidad. Cerró los ojos y dejó que las corrientes le empujaran.

Horas después fue recogido por los ingleses. En un pequeño bote, estaban rescatando los cuerpos de los abatidos. A pocos de los que habían caído al agua hallaron con vida, pero preferían asegurarse. Su rutina les obligaba a comprobar el estado de sus enemigos. Mantenían una severa relación de bajas y apresamientos, de modo que disponían siempre de un contable a bordo que trazaba líneas en un cuaderno de tapas amarillentas. La suya fue escrita en la columna de los apresados. No eran muchos, pero Icuza se alegró de saberse entre ellos.

En el traslado a lo que luego le dirían que era Jamaica, reflexionó sobre lo acontecido. Exploró todas las posibilidades e, incluso, llegó a pensar que nada había sucedido. No, había sido un mal sueño, una alucinación invocada por la angustia de sentirse ahogado. El hecho de que el estómago ahora callara, le impulsó a decidirse por

esta opción. La venda con la que los ingleses habían anulado su visión, ayudó a decantarse: eran otras las preocupaciones que le embargaban. ¿Qué iba a ser de ellos? ¿Hacia dónde les llevaban? ¿Quiénes, de entre los suyos, se hallaban en su misma situación? Creyó reconocer, en varias ocasiones, voces amigas a lo lejos. Eran ecos de conversaciones destrenzadas, de hilos mal urdidos, palabras escuchadas contra la razón. La evidencia no tardó en caer: no recordaba a ninguno de los que hablaban español. Lejana y queda, escuchó una conversación en vascuence. Con tanta rapidez se excitó como volvió a calmarse: probablemente eran guipuzcoanos o vizcaínos provenientes de otro apremiamiento anterior. Estaba solo.

Cuando fue empujado dentro de la celda, se dio cuenta de que no era cierto, de que no estaba tan solo como había conjeturado. Algo palpitaba en el interior de su estómago. Sí, estaba ahí, no había sido un sueño. Se encontraba gestando una vida ajena a lo anterior y producto de un extraño beso bajo el agua. Cubrió el estómago con ambas manos. Debía protegerlo, proporcionarle calor, proveerle de todo el amor que necesitara. Iba a ser una buena madre. Se lo prometió a sí mismo. Cuidaría de lo que crecía dentro. Pronto, el germen comenzó a balbucear tenues cursos de voz que él aprendió a descifrar. Era su hijo quien le hablaba.

Y le escuchó. Sobre todo porque articulaba palabras cargadas de ilusión, de esperanza, de fe en lo que el futuro depararía para ellos. El embrión, junto a los insectos, era lo único que le quedaba. Todo lo demás había sido suspendido en el tiempo.

Icuza era demasiado joven para morir. En realidad, no había comenzado. Sus cortos veinticinco años de vida no suponían una gran experiencia. Había disfrutado de lo que otros muchos, en la Rentería natal, no podrían ni atis-

bar viviendo cien veces, pero, aun y todo, se revelaba insuficiente. Para Icuza se reservaba la gloria de los fuertes, de los decididos, de los bravos. Eso fue lo que le dijo el estómago: que aguantara, que tuviera fe, que resistiera los embates de la fortuna, que la traza de su existencia era larga y cristalina como el ser que le había besado.

Por eso se armó de paciencia. Comenzó, así, una rebelión que primero trató de involucrar a sus compañeros de mazmorra pero que, una vez nítida la imposibilidad de su apoyo, se dirigió hacia dentro. En él estaba todo lo preciso para no sucumbir. En él y en el estómago que le hablaba.

Su amor mutuo creció hasta convertirse en exclusivo. Icuza era ya una gran nave poderosa y fértil dispuesta a soltar amarras. Mientras, se alimentaría del caldo y de los insectos que habitaban en él. Se había vuelto suficiente y desdeñaba lo exterior. Que el sol se apagara de inmediato, era algo que no le concernía. Que las mazmorras se hundieran en el lecho coralino, le dejaba indiferente. Y nada distinto a la hilaridad le infundía la preocupación de los ingleses por ganar la guerra. Él ya la había ganado. O se encontraba próximo a hacerlo. Contaba con legiones de insectos, caldo amniótico para sumergirse y un estómago en quien confiar.

Se había transformado en algo cercano a la humedad que impregnaba las paredes de la celda. Ni siquiera podía recordar cuándo fue la última vez que se sintió seco. En aquel lugar, había aprendido a convivir con la saturación permanente del aire, una saturación tan aguda y pertinaz que él mismo se sentía marea.

Se impregnó de lo necesario: ese caldo amniótico en el que se sentía seguro. Alcanzaba, al menos, la altura de medio palmo y adquiriría espesor día a día. Permitió que los insectos lo poblaran, que buscaran en él su sustento, que se integraran en un ecosistema a salvo de intrusiones: Icuza,

húmedo, resbalaba por el suelo de la celda como un embrión lo hacía en el vientre de su madre. Icuza regresaba a la dualidad de sensaciones: era madre y era, al tiempo, vástag. Se dejaba cuidar y cuidaba. Proveía y despojaba.

No volvió a comer animales. Consintió que se solazasen en el líquido, que pusieran dentro sus huevos, que vivieran, murieran y, finalmente, se descompusieran pasando los despojos a formar parte integrante de él. Así, en lo sucesivo, sólo tragó caldo tibio del suelo de la celda. Había encontrado lo que buscaba: un estado de comunión permanente con la verdadera naturaleza, con la identidad hallada, con los ritos atávicos de los cuales se había perdido noticia.

Los ingleses, por su parte, continuaron el regular suministro de pan y agua. Un pan y un agua que Icuza no admitía, pero tampoco desdeñaba. Se limitaba a arrastrarse hasta los cuencos y, estirando un pie, volcarlos en el suelo. El caldo se encargaría de integrarlos, de hacerlos suyos y convertir los suministros en alimento verdadero. Icuza ya no comía de la mano de nadie. Comía de la humedad, pues él era, también, humedad.

Comenzó a sentirse acuoso. En el tiempo transcurrido desde que se hubo sumergido en el caldo, se importaron hacia Icuza alguna de sus cualidades: se sabía sedimento y poso, residuo y hez. Esa era su verdadera casa. Un trozo de oscuridad en el que remozarse sin confusión. La lucidez que le permitía ver más allá de todo lo circundante, se congestionó cuando fue obligado a ponerse en pie.

Los ingleses turbaron el pasillo de la mazmorra y se dirigieron, sin titubeos, hacia la puerta de su celda. Icuza los oía llegar, como perros salvajes en la noche, y se previno contra ellos. Tensó los músculos y contrajo su cuerpo para recibir lo que llegaba: los ingleses parecían considerarle malicia en estado puro. La puerta de la celda se desli-

zó y, por segunda vez desde que fue abandonado a su suerte, una antorcha brilló en el quicio.

Icuza no pensó. Ya no iba a pensar más. De las conclusiones en las que había resumido los nueve meses de oscuridad, una le golpeó en la frente: el trato debía ser proporcional al miedo. Por eso rugió cuando se les echó encima. Saltó arrastrando parte del charco con él y, con las manos abiertas, oprimió la antorcha hasta extinguir su luz. El carcelero que la portaba dio un paso hacia atrás. No comprendía qué estaba sucediendo. Algo negro, pestilente y resbaladizo se había abalanzado sobre él arrancándole la antorcha de la mano.

En el corredor, tres ingleses más empuñaron sus armas. Dos luces lejanas, junto al túnel que daba salida a la mazmorra, iluminaban tenuemente la galería. Sombras imposibles de definir comenzaron a moverse despacio. El miedo había surgido de lo inesperado. Nunca pudo saber Icuza qué pretendían los ingleses de él. En aquel momento, su único afán, guiado por un instinto que desconocía poseer, era salir de allí, escapar, emprender rumbo hacia lo desconocido. Al menos, había conseguido salir al pasillo. Mucho más de lo que algunos prisioneros alcanzarían jamás.

Apoyó la espalda, los brazos, la nuca y las piernas contra la pared y se mantuvo quieto. Podía escuchar las respiraciones de los ingleses, agitadas, nerviosas, y trató de que la suya no delatara su posición. Pero un sonido gutural brotó desde dentro sin poder hacer nada por controlarlo. Era el estómago quien hablaba y, por primera vez, no se dirigía a él, sino a los cuatro carceleros.

Les dijo lo que en verdad sentía: el miedo más poderoso que en tiempos un hombre había podido experimentar. El mismo miedo que ahora iba a copular con ellos transmitiéndoles toda su repugnancia. Sí, allí mismo, en

aquella sucia galería, conocerían la verdadera expresión del terror. Icuza abrió los ojos y dos puntos azules brillaron en la penumbra. Los ingleses, entonces, pudieron escuchar el leve gruñido de una víscera volviéndose líquida.

Icuza se tendió en el suelo. Palpó la humedad y halló un reguero de bascosidad corriendo lento por el centro del canal. Se reconoció en él. Husmeó y decidió que ese era el lugar apropiado para situarse. Orinó y defecó, y, después, comenzó a sudar. No hacía calor ni frío, sólo humedad. Una humedad que comenzó a empapar los cuerpos de los ingleses, sus ropas, sus armas. Se dijeron algo en un susurro, pero ninguno se atrevió a moverse. Escrutaban la oscuridad, pues sabían que ahí, ahí dentro, en algún lugar, el guipuzcoano les observaba y meditaba sobre la forma de abarcarles, de reducirles, de tornarlos ceniza y hediondez.

La acuosidad de Icuza produjo su desmembramiento. Mientras la luz no regresara, mientras nada distinto de esa vaporosa penumbra poblara el aire de la galería, él era un dios. Rodaba por el suelo abierto a las posibilidades: ser más astuto que los hombres corpóreos, ser más etéreo que el deslizamiento de un navío en una mar imperturbable. Ya podía darse por vencido. Nada los hombres que se le enfrentaban podían hacer por someterle.

Respiró el aire que traía el basto humor del resto de los prisioneros. Para ellos no reservaba, siquiera, las migajas de la victoria. Le habían abandonado cuando más los necesitó, de modo que él ahora procedería a ignorarlos. No existían, no eran nada distinto al paisaje: esos muros empapados de muerte.

Se tornó caldo y volvió a solidificarse frente a los ingleses. Trepó por sus piernas y los sembró de calor. Cuando fue sólido, trataron de sacudírselo arrojando las armas al suelo. Gritaron, imploraron auxilio, pero estaban demasiado lejos de todo. Arriba, en las galerías limpias y venti-

ladas donde los ingleses se recreaban imaginando escalofriantes tormentos, el sonido de los sótanos se apagaba. Más allá del portón principal, sólo el silencio era capaz de progresar. Los ingleses estaban solos y, por supuesto, lo sabían. Ahí nació el miedo en ellos.

Los cubrió con su cuerpo, permitió que le empujaran, que volviera a ser lodo, que el pánico mezclara oscuridad y complacencia. Había conocido la belleza del dolor infligido sobre aquellos que carecían de la menor posibilidad de defensa. Pues esa era la situación. Esa y no otra. Icuza tenía todo el poder. Los carceleros, ninguno. Solamente su miedo cerval. E Icuza conocía que este podría abocarles a un destino que él se ocuparía de trazar.

El estómago no cesaba de rumiar. Su escuálido ronroneo se transformaba, de cuando en cuando, en volátil gruñido. Como un predador dispuesto a abalanzarse sobre la presa: perspicaz, consciente de que ninguna oportunidad restaba a quien iba a caer entre sus garras. El estómago colaboraba con Icuza, se sumaba a la lucha, preparaba las sendas por las que discurriría el miedo.

Los carceleros, por su parte, habían sucumbido hacía tiempo. Las armas ya no eran portadas en las manos y con estas tan sólo acertaban a cubrirse el rostro o tantear la penumbra. Algo terriblemente doloroso se licuaba frente a ellos, algo que había sido antes un hombre, un hombre al que, sin interrupción, se le había privado de casi todo lo esencial, un hombre que se alzaba en búsqueda del resarcimiento.

Ese hombre, Icuza, volvió a invadirles. Trepó, una vez más, por sus cuerpos descompuestos y hoció dentro: olían a eso que huelen aquellos que comen carne, toman baños y mantienen secas sus vestiduras. Algo que le desagradó profundamente. Él había sido condenado a ser humedad permanente, a cultivar su propio ganado para

poder subsistir, a olvidar aquello que antes llamaba voz y ahora era incapaz de desencadenar. Por ello estaba sobre sus cuerpos: de la calidez que desprendían, se alimentó. Y se sintió reconfortado. De pronto, cayó en la cuenta de que la había echado de menos. El calor tranquilo, el sosiego de un cuerpo al que tocar, un océano de sensaciones táctiles diseminadas sobre una piel joven. Los ingleses olían a vida, a eso que pretendía más allá de cualquier otro deseo. Se haría, pues, con ella.

Se filtró por todos y cada uno de sus huecos. Ansiaba la calidez de una estancia a salvo del viento. Empujó sus ojos y cayó dentro, afiló los agujeros de las narices y penetró en el interior, buscó la boca y obligó a que los labios se separaran. Dio comienzo a un recorrido maravilloso cuyo final no podía prever: sorbía la vida de los hombres a su paso.

Los ingleses percibieron el dolor de la penetración. Pero aún más, comprendieron el miedo. El miedo a desconocer qué les estaba sucediendo. El miedo en la experiencia de sentir cómo algo se empapaba del segmento de vida que, por derecho y nacimiento, les pertenecía. El miedo a dejar de ser, a convertirse en despojos inanimados, en restos de existencias, en residuos secos y solitarios. Icuza trazaba el recorrido de su castigo. Y se deleitaba demorándolo cuanto podía.

Bajó por la garganta de los carceleros y exploró las cavidades que se abrían ante él. Se sentía un visitante inoportuno, alguien que no había sido llamado pero al que era imposible despedir. Viajó hacia las vísceras, hacia los orificios de salida. Necesitaba, finalmente, respirar. Pero aún tuvo tiempo para entretenerse contemplando las convulsiones de los ingleses. Se habían tendido en el suelo y se arrancaban la ropa unos a otros. Imploraban que el tormento cesase, que Icuza les permitiera ir en paz o que les

diese muerte en ese mismo instante, pero, en definitiva, suplicaban que algo sucediera. La inmutabilidad del dolor, acrecentaba el miedo. Aceptarían lo que estuviese destinado para ellos, siempre que fuera de inmediato.

Icuza lo sabía e Icuza, en consecuencia, se demoraba. Sonrió cuando transitó los rectos hacia la salida. Asomó, en primer lugar, el color del mar. La galería se tiñó de azul cuando los carceleros se acuclillaron para aliviar el padecimiento. Eran los ojos del corsario deslizándose por el canal del corredor. Los hilos de luminiscencia azul se buscaron y conformaron la mirada de un hombre. Horrorizados, los ingleses no se atrevieron a mantenerse. Se humillaron tendiéndose en el suelo y permitieron que sus labios aspiraran aguas corruptas. Rompieron a llorar como imberbes.

Volvió a solidificarse y quiso ponerse en pie. Retornaba a la erección, como ser poderoso capaz de dilucidar las tendencias de los destinos. Pudo confundirse con la penumbra. Solamente dos ojos azules brillaban en la galería. El miedo de los ingleses se había estancado en el punto equidistante entre la cordura y el desánimo. El estómago, entonces, volvió a tomar la palabra.

No rugió. Esta vez, hablaría con dicción amorosa. Se dirigió a los ingleses y les dijo que nada debían temer. Él estaba allí porque no podía estar en otro sitio, porque nacía producto de sus excesos, de la privación a la que el corsario había sido sometido, del hambre, de la inanición extrema. Les mostró cómo todo podía transcurrir de otra forma. ¿Estaba la guerra cercana a finalizar o, por el contrario, restaban años para que el armisticio fuera una realidad?

Los carceleros levantaron el rostro de los excrementos y miraron en dirección a la voz. No sabían nada de estrategias, de planes o de evoluciones, pero sí era cierto que habían prestado oídos a los rumores. Cualquiera lo hacía

en aquellas circunstancias. Y los rumores eran unos y claros: la guerra terminaba. Estaban cursando los últimos días del enfrentamiento y pronto habría paz. Paz para los ingleses, paz para los españoles. Los mares de las Antillas volverían a ser navegables y cada nación se ocuparía de sus tramas. ¿Era suficiente?

No lo era. Icuza determinó que no lo era. Si la reconciliación estaba cerca, que lo estuviera cuanto antes. Un acto de contrición fue exigido. Los ingleses debían solicitar el perdón por los tratos dados. No a la totalidad de prisioneros. No a los españoles allí encerrados. Sólo a Icuza. A nadie más. Esto no tenía que ver con el resto. De ellos había prescindido cuando le abandonaron. El perdón debería ser para quien lo mereciera. Para él y para nadie más. Para Icuza, para el que había transitado las sendas del penar extremo, de la desmedida humillación, de esa misma humillación que ahora recaía sobre los mezquinos ingleses.

Tras la contrición, una penitencia: uno de entre los cuatro hombres debía morir. En ellos residía la capacidad de resolver. Quién y cómo, era su decisión. Dónde y cuándo, de Icuza. En la galería crepuscular, ahora. Sin demoras, sin perdón. Que se resolviera el destino, que lo azaroso sembrara el desconcierto y, gracias a él, el miedo se dilatará hasta límites inexplorados para el común de los mortales.

Se trataron como lobos. Cayeron los unos sobre los otros y comenzaron a devorarse. La lucha transcurría sin un plan determinado: bastaba con la muerte de uno para que el resto retornara a la tranquilidad de las estancias superiores, al ocaso de la humedad, al reconocimiento de los suyos. Preferían asegurarse en la muerte ajena antes que trazar estrategias de combate. La pugna transcurrió en silencio. Sólo el crujir de los huesos quebrados, el cabeceo sobre vientres y rostros, las uñas clavándose en la piel y el

desgarramiento provocado por dientes hambrientos de vida, rompía la calma del corredor.

Icuza observaba el desánimo de los contendientes, la desesperante búsqueda de la victoria, descubría cómo los hombres, antes serenos, caían presos de la más colérica voracidad. Había aprendido a escuchar a la verdadera violencia: la nacida de la turbación extrema. Aquellos hombres sentían tan cercana a la muerte, que se debatían sin descanso, extrayendo fuerzas de donde no existían, siempre con la única pretensión de que no fuese a ellos a quienes mirara de frente.

Porque se violentaban con manos y pies, con cada parte de su cuerpo, pero se violentaban, también, mucho más allá. Habían dejado atrás lo que eran para descender a la animalidad. Brutales eran sus acercamientos. Indignos de hombres, los contactos. En los que habían confiando hasta un rato antes, se convertían, por apremio del corsario, en formas carentes de la más esencial humanidad. Como lobos, se trataban como lobos.

Perdieron, porque a buen seguro en algún momento lo poseyeron, el honor de ser ingleses, de pertenecer a la cuna más exquisita de Europa. Ante Icuza, rodando por el suelo enzarzados en una lucha donde la individualidad desgarraba cualquier rémora de su naturaleza fundamental, hicieron uso de las mandíbulas para discernir quién habría de superar la prueba. Clavaron los dientes en los adversarios que, a su vez, los hundían en los que les habían desgarrado, antes, las carnes.

Los ingleses comenzaron a gruñir. Agazapados en el suelo, tendidos sobre manos y pies, rondaban a sus presas. Eran animales en un combate al que un solo espectador asistía. Él, el Icuza acuoso y desmembrado, el que contemplaba, con satisfacción, el reparamiento de la injuria recibida. Se alzaba en patrón único de la nave, en dueño y

señor de los que pugnaban a sus pies, en amo de la jauría sobre la que desplegaba un poder absoluto, perverso y desalmado. Sí, desalmado, porque así se sabía. Como un ser que había perdido lo primordial para terminar convirtiéndose en cuerpo desprovisto, en organismo transgresor.

Sin alma. Entregado a las potencialidades de la verdadera violencia. Un cuerpo capaz de disgregarse para luego volverse a unir, un cuerpo carente de la ligazón precisa para anudar incoherencias: sabor a demencia y a desequilibrio. Porque el eje central faltaba, porque todas las cuerdas de la nave dibujaban un costillar tambaleante que en cualquier instante podría derrumbarse.

Mientras tanto, exploraría los caminos del miedo. En realidad, poco más podía hacer. Quería salir, deseaba saltar, raudo, las escaleras que ascendían hacia la libertad, pero sabía de la imposibilidad de llevar a buen término una huida tan desmayada como fortuita. No, no podría atravesar los cordones de salvaguardia con los que los ingleses debían haber cercado el edificio.

Decidió, simplemente, aguardar. Los ingleses habían señalado que el final de la guerra se hallaba próximo. Eso suponía la libertad para todos los prisioneros. Las naciones procederían a un intercambio de requisas entre las cuales se encontraba él. Quizás los carceleros le hubieran mentido, quizás se trató, sin más, de una ardid para sortear su furia, pero qué otra cosa podía hacer sino esperar... Creer o evitar lo dicho eran dos opciones que, en el fondo, no estaban tan distantes la una de la otra. Para él quedaba el pronto retorno al interior de la celda. Podían acrecentar el castigo, pero nada más intenso llegaría a sentir. Podían quitarle la vida, mas ya estaba muerto. Podían olvidarse de él, pero el abandono ya había arribado hacía tiempo a su nave. Errante y con la arboladura rota, corsario sin objeti-

vo ni propósito, un proyecto resquebrajado en una mar templada.

Por fin, la victoria para tres de los lobos. Uno de ellos acababa de sucumbir. Yacía en el piso de piedra con la cabeza destrozada y el pecho abierto. Mientras, el orgullo se apoderó del resto de la jauría. Estaban vivos, lo habían logrado: un caído era la expiación que el hombre acuoso les había exigido. Bien, pues ahí estaba, tendido a sus pies, muerto, verdaderamente muerto, destrozado a dentelladas y disueltas todas sus certezas.

A continuación, miraron, y en su mirada llameó una petición: el corsario debía hacer buena la palabra otorgada. Apelaban a su honra de marino. Que les dejara marchar, que pudieran alcanzar la escalinata y abandonar el recinto de las mazmorras. Eso tan sólo. Eso era lo único que reivindicaban. Lo que, en justicia, les pertenecía.

Icuza, por su parte, no estaba dispuesto a desentenderse de la empresa a la que se había visto abocado. Iba a explorar las sendas del miedo, las iba a explorar hasta allá donde le llevaran. Carecía de reservas y todo lo que una vez fue necesario, había sido entregado. Por lo tanto, las consecuencias, fueran estas cuales fuesen, ya no eran importantes. Si el destino se enrocaba y la descendencia no llegaba jamás, él lo daría por bueno. Y si sucedía de otra manera, también.

Anunció que la palabra de un ser trascendido hacia la acuosidad, no se aparecía como digna de ser escuchada. Ellos, los lobos ingleses, lo desconocían, como desconocían, en realidad, todo lo referente a su naturaleza, pero así había sido dispuesto. No era un corsario, que no se equivocaran. Era un murmullo de olas rompiendo, mansas, en la orilla de una playa.

No tenía nada más que lo que le bullía en las entrañas: hilo de voz del que manaba sabiduría. Ese mismo hilo

que le advirtió de lo que sucedería si les permitía ir. Regresarían más y más hombres, harían suyo el sótano y todo estaría decidido para él. Por ello, se decidió a matarlos, no sin antes continuar rastreando los caminos del auténtico miedo.

Veló las voces, selló las salidas y emprendió las paráfrasis del terror. Explicó, sin pausa pero con decisión inquebrantable, la esencia de lo experimentado. Se había visto abocado a la más terrible de las experiencias y ahora, los que la habían propiciado, debían conocer qué se sentía cuando todo faltaba. Les habló de las privaciones, del hambre y la sed, y de cómo logró solventar las adversidades. Narró la cotidianeidad en una celda oscura y húmeda. Habían sido nueve meses en los que, primero, se creyó morir para, después, renacer a un nuevo estado de percepción. El estado que le había salvado obligándole a crecer, a nutrirse del entorno, a confundirse con él, a ser, en definitiva, parte viva de la mazmorra.

Porque, tenían que saberlo, Icuza ya no era un prisionero. No, su capacidad perceptiva le había llevado a disfrutar de un nuevo entorno: el hábitat de lo nebuloso, lo vago y lo terrorífico. Y había aprendido a ser cazador en él. No era acosado, sino que predaba. No sucumbía a las estirpes superiores pues ninguna raza más poderosa que él se alojaba en las inmediaciones. Él, Icuza, entelequia magníficamente construida, sólida como cada bloque de piedra en las paredes, caldoso como el humus purulento que impregnaba el suelo, etéreo como la humedad a punto de condensarse en pequeñas gotas sobre los pastos para el ganado.

Había vencido. Lo supo cuando terminó de hablar. Se había suspendido sobre la mediocridad del resto de los prisioneros e inició el abandono de la derrota. La nave que se había empeñado en erigir, navegaba, ahora, más allá de los muros de la mazmorra. Jamaica quedaba atrás, sus

arrecifes eran sorteados con pericia, el viento se adecuaba a la orientación de las velas y la superficie del mar acallaba sus instintos: ni una sola tormenta turbaría el viaje de regreso. Hacia casa.

Hacia eso que llamaba casa y que no era sino quietud y confianza. Y que no se encontraba allí sino aquí. Y que no era mañana sino hoy. El presente y la perfección extrema de sí mismo: se reconocía como un ser errabundo que surcaba el mar constituyendo en hogar cada brazada de aire, cada bocanada de frescura, cada instante precedero. Ser sólo eso que sentía en cada momento. Eso y poco más. Ningún planteamiento lejano a este discernimiento.

No existía razón, así, para maldecir a la suerte. En aquella sucia galería, con tres ingleses aterrados ante él y uno más, a sus pies, muerto, Icuza sintió lo que más allá del dolor extremo podía ser percibido: una gracia cercana a la comunión con los augurios. Como si de una granja perdida en los bosques de Rentería se tratase, Icuza percibió la proximidad de las lluvias y el florecimiento de los árboles frutales. Sintió los agujeros en su tejado y la necesidad de construir una nueva cerca. Experimentó la calidez del estío y las primeras gotas de rocío en las alboradas otoñales.

Como un campesino más, ayunó en las épocas difíciles y prendió el bosque para que la hierba brotara fresca y la vacada tuviera qué comer. En los tiempos de abundancia, llenó el granero y saló carne. Mercadeó y, con lo vendido, compró animales pequeños para los que levantó un corral. Y segó los pastos, y recogió hongos, y preñó vacas, y mantuvo a las alimañas lejos de la granja. Pero siempre, en cualquier condición, el momento que disfrutaba era su hogar, el límite que el conocimiento proporcionaba para reconocerse en el devenir.

Los ingleses fueron reducidos a simples presencias vanas. Se vaciaron por dentro y pronto acabaron convir-

tiéndose en caparazones huecos incapaces de sostenerse por sí mismos. Entonces, los jirones de piel se deshincharon y, con ellos, la absurda mueca, mezcla de incompreensión y pánico, que en sus rostros quedó impresa. Los ingleses no tuvieron paz ni tiempo. Habitaron un estrato absolutamente insignificante de la vida. Eso que ahora eran de forma irremisible, atavíos de piel sin nada dentro, fue lo que siempre habían sido. Se destrenzaba el acontecer de los días y los enigmas eran expuestos a ojos de quienes quisieran ver.

Cuando la soledad asaltó a Icuza, una brisa helada recorrió el pasillo. Sí, habría clemencia para los suyos. Que nadie pudiera decir que un guipuzcoano había sido abandonado a su suerte. Desdiciéndose de anteriores impulsos, permitió que la brisa le rodease y se dirigiera a las celdas ocupadas por almas gastadas. Ahogaría lo poco que quedaba de ellas y convertiría a sus continentes en gérmenes de lo que actualmente Icuza era. Las épicas se encontraban aún por narrar. Centenares de corsarios debían volver a adueñarse de lo que les pertenecía. La propiedad sobre los mares antillanos recaía en la Compañía. Sólo en ellos residía la facultad de gobernarlos, de dictar leyes y proclamar la hegemonía sobre cada ribera.

Los prisioneros comenzaron a gemir dentro de las celdas. El prendimiento de las almas había dado comienzo y todos sintieron cómo algo se les desgajaba dentro. Trozos de mundos y sentimientos ininteligibles humeaban en el aire y se colaban por las rendijas. Nada quedaría, tras ello, sino cuerpos abiertos y listos para la siembra. De ejecutarla, Icuza se encargaría. Pero más tarde, mucho más tarde. El momento presente lo reservaba para la continencia y la introversión.

Algo distinto sucedía. Las campanas no volvieron a redoblar y los pájaros huyeron hacia el interior de la isla.

En las playas, los cangrejos y las tortugas corrían a refugiarse aguas adentro. Ninguno se sintió a salvo hasta que las olas los hubieron cubierto por completo. El cielo comenzó a encapotarse y la luz antillana, diáfana e imponente, se tornó brumosa, tímida, mitigada por el velo de las nubes negras. El paisaje se volvía Guipúzcoa. El paisaje se tornaba hogar.

Icuza sonrió. Desde la penumbra de la galería percibió los cambios que se estaban produciendo: supo que todo se estaba situando de su parte, que el destino se invertía y tornaba hacia rumbos favorables. Recordó el ventanuco de su celda. Decidido, no temió retornar al interior del lugar que había sido el infierno durante nueve largos meses y, encaramándose al muro, miró fuera.

El verdor invadía las lomas y en cada playa la marea ocultaba el olor de las algas secas. Los pastos alimentaban rebaños inmensos. Sobre el cielo, las gaviotas aguardaban, volando en círculos, a que algún barco se deshiciera de los despojos arrojándolos al mar. Si el frío no las atoraba antes, sobrevivirían al invierno que caía desde el norte.

Las puertas de las celdas se abrieron de par en par. Giraron los goznes y todos los hombres tuvieron, por primera vez, la oportunidad de verse las caras. Sin embargo, ninguno se atrevió a dar un paso al frente. Enmohecidos, casi quebrados por el sufrimiento que para muchos duraba ya años, se limitaron a tenderse en el suelo y contemplar cómo más allá de los portones recién abiertos, una sombra templaba la galería.

Icuza habló en vascuence. La misma voz que antes habían denostado, ahora, ya sin alma y despojados de cualquier ofuscación, proveía una serenidad cercana a la felicidad. Les dijo que estaban en casa. Que todo había comenzado a transformarse, que nada volvería a ser lo mis-

mo, que los guardianes estaban muertos y fuera el sol había sido tentado por la bruma. Todo se tornaba hogar.

Les pidió que probasen a respirar el nuevo aire: era frío y cortaba los pulmones. Traía consigo el aroma recio del Cantábrico. Esa misma fragancia que había construido sus niñeces. Siempre sin abandonar el uso del vascuence, arrulló: las madres de todos ellos aguardaban con un cuenco de leche recién hervida entre las manos. No había nada que temer pues Icuza siempre estaría con ellos.

Una nueva voz se alzó sobre la del corsario. Una voz que no hablaba en idioma reconocible. No era vascuence ni castellano. No inglés ni holandés. Y, a pesar de ello, se le entendía sin dificultad. A su llamada, los prisioneros realizaron un último esfuerzo y se pusieron en pie. Caminaron con paso trémulo y salieron al pasillo. Se miraron entre sí. Algunos, además, esbozaron una sonrisa. Estaban libres.

El estómago había tomado la palabra. La gestación estaba completa: nueve meses exactos e iba a ver la luz del día. Pero antes, el trazado del hogar debía estar completo. En el exterior, comenzó a llover suavemente. Las gotas, apretadas y lentas, caían con tal parsimonia que parecían no terminar de alcanzar nunca la tierra. La humedad invadió cada rincón de la isla. Los nativos, sorprendidos, corrían a resguardarse, a arrojar sobre sus hombros cualquier cosa que pudiera protegerles del frío. Un pedazo de Europa había sido alumbrado en el corazón de las Antillas.

Los ingleses abandonaron la edificación. Aquel era también su clima, mas ninguno supo reconocer, en la pesada lluvia, un hogar. No, esto pertenecía a los guipuzcoanos y sólo a ellos. Inglaterra se desbrozaba entre las nubes pero no acababa de amanecer. Guipúzcoa y, con ella, todas las tierras vascas septentrionales, habían hecho de los huracanes, lloviznas; de las playas, abruptos acantilados; de

los arrecifes coralinos, burdas rocas ocultas bajo la impenetrabilidad del agua.

Se escucharon balidos en las lomas. Suponían la señal que avisaba del término de la mutación. A ojos de aquellos hombres, un estrecho y profundo fiordo se abrió en las playas. Pasajes se asomaba, tan imponente como maternal, ofreciendo su abrigo a cada marino que sintiese el cansancio. Ría arriba, Rentería dormía plácida al abrigo de los vientos.

El miedo había desaparecido del corazón de los hombres. Con la extracción de las almas podridas, una incipiente comprensión de lo cercano germinaba en sus vientres. Quedaban abocados al destierro los sufrimientos de antaño. La guerra acababa de finalizar y todos los prisioneros serían puestos en libertad como condición indispensable para que la recuperación del clima fuera posible. Sólo eso. Querían, ansiaban, la presencia de la casa en la que sentirse hombres ciertos. Podían permitirles regresar a ella o soportar el arribo de ella hasta Jamaica. Cualquiera opción parecía bastar a los guipuzcoanos, pero la alteración de los órdenes habituales perturbaba, al tiempo, los propósitos de los ingleses.

Se produjo, de inmediato, el intercambio. De un lado, los prisioneros. Del otro, el tórrido acaecer y la exuberancia. El hogar yacía del lado de quien lo sentía y los ingleses pronto supieron que nada de lo que les impregnaba respondía a su deseo. Así, ocurrió rápido y sin demoras. Unos se abrieron paso entre las olas hacia costas amigas y los otros contemplaron el desgajamiento de las nubes. Brilló el sol, brillaban los ojos de quienes abandonaban el presidio.

Icuza volvió a vestir la dignidad de un corsario. Insistió en guiar él mismo la nave entre los arrecifes. Después, arribó hacia el sur. La Guaira era el puerto deseado. Allí

se recuperaría de las penurias sufridas, aunque no era menos verdad que muchas de sus cicatrices le acompañarían hasta la muerte. Jamaica, de nuevo soleada y transparentes las aguas que la bañaban, quedó en el horizonte.

Sólido, entroncado en las raíces de las que provenía, no volvió la mirada ni siquiera para descubrir cómo se recortaba en el cielo la edificación en la que había permanecido preso. No lo precisaba pues dentro de él anidaba la verdadera percepción de lo sucedido. Una visión exacta y lícita de nueve meses de tormento, de convivencia con el ser que le habitaba dentro. En la intuición existía la licitud. Pues sólo lo conocido al margen del rutinario paso de los días y las noches, alcanzaba el abismo de lo genuino. Él, a sus veinticinco años de edad, lo había logrado. Otros no lo alcanzarían ni experimentando tres veces consecutivas una vida tan larga como fútil.

Se reconoció en las aguas plateadas. Ese era el lugar al que pertenecía. Al agua y a la inmensidad de los océanos. Respiró el aire cálido de una tarde marchita. El soplo evitó viajar hacia los pulmones y eligió otro rumbo distinto: hacia el estómago. Allí, invadió cada rincón y lo colmó de acallamiento. Nunca más volvería a hablar. Nunca más una sola palabra, un solo pensamiento o reflexión, brotaría de él. Quedaba silencioso, extinguida su locuacidad, perdido el don de la síntesis. Icuza no lo echaría de menos. Ahora que, de nuevo, se hallaba en libertad, no precisaba reconocerse en conversaciones mantenidas en la oscuridad. No, regresaba a la hombría y renunciaba a la humedad.